



SERVICIO SECRETO



LA OFRENDA DEL DIABLO

a. rolcest

Al terminar el baile, Kev propuso salir a la terraza. Muy cerca tenían el puerto, convertido en un estallido de lucecitas.

Eida Raybel accedió. Su vestido le perfilaba la figura, de sobrias líneas. Su boca suave, de labios llenos, sonrió al tiempo que sus ojos grandes, castaño claros, quedaron fijos en su acompañante.

—Pero tendrá que hablarme de la selva, capitán Burgan...

—¡Desde luego, Eida! —rió el hombre.

La cabellera de la joven se volcaba sobre los hombros desnudos, en suaves ondas, y refulgía tanto como sus ojos. Su acompañante, Kev Burgan, quedó medio paso rezagado, para poder apreciar el andar felino de la bella.



A. Rolcest

La ofrenda del diablo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 614

ePub r1.0

Lds 24.03.17

Título original: *La ofrenda del diablo*

A. Rolcest, 1962

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



La ofrenda DIA BLO



CAPÍTULO PRIMERO

Al terminar el baile, Kev propuso salir a la terraza. Muy cerca tenían el puerto, convertido en un estallido de lucecitas.

Eida Raybel accedió. Su vestido le perfilaba la figura, de sobrias líneas. Su boca suave, de labios llenos, sonrió al tiempo que sus ojos grandes, castaño claros, quedaron fijos en su acompañante.

—Pero tendrá que hablarme de la selva, capitán Burgan...

—¡Desde luego, Eida! —rió el hombre.

La cabellera de la joven se volcaba sobre los hombros desnudos, en suaves ondas, y refulgía tanto como sus ojos. Su acompañante, Kev Burgan, quedó medio paso rezagado, para poder apreciar el andar felino de la bella.

—¿Va a quedarse en Honolulu? —preguntó Eida, apenas acodarse sobre la balaustrada.

—Tengo un mes de permiso. Tal vez me vaya a San Francisco.

La bella quedó mirando el puerto. Sus finas cejas acusaron un leve frunce y en los ojos se acusó un brillo divertido.

—¿Por qué no regresa y le pide a su jefe que aplace el permiso? Nuestra expedición quizá necesite apoyo del Ejército... Usted podía acompañarnos. Yo se lo pediría al coronel Cowan...

Kev rompió a reír.

—¡Sería lo peor que podía hacer por mí! Si el coronel Cowan viera que una mujer de su personalidad se ocupaba de este pobre capitán, se me había caído el pelo.

—¿Tan a mal están?

—¡Perra suerte la mía!... Ya en Corea estuve a sus órdenes. No es que las ordenanzas tengan nada que ver con esta inquina... El coronel Cowan es un pavo, y cuando hay una mujer bonita, no tolera que nadie más haga la rueda. ¡Un pobre diablo!...

Eida Raybel rió, echando la cabeza hacia atrás, mientras volvía la cara, para mirarle. Podía ver a Kev de perfil. Un rostro atezado, de gran belleza varonil.

—Y, desde luego..., usted lo desplaza siempre.

—Casi siempre, sin proponérmelo —contestó Kev, echándose a reír. En seguida, poniéndose serio—: Pero hablemos de su expedición... ¿Qué necesidad hay de que usted se exponga, introduciéndose en las selvas de Laos, donde no existe ningún control? Son riesgos estúpidos. Bien que el director y el operador se introduzcan en los más intrincados lugares, buscando «color», pero usted debía permanecer en Vientiane... No es que la capital ofrezca muchas garantías, pero ya no es la selva.

—Si tiene alguna idea de cómo el señor Wesler dirige sus películas...

—Bastante sé de él. Raro es el día en que no aparece en la Prensa alguna de sus extravagancias. Si he de serle sincero, creo que es más un déspota que un artista. Yo nunca podría aguantar a un sujeto así...

Eida Raybel se estremeció. Kev se estaba expresando en voz alta.

—¡No hable así, por favor...!

—¡Luego, le tiene miedo!...

—¡Es mi director!

Al volverse, vio a un hombre de cabellos grises, de figura desgarbada, que les miraba con un brillo demoníaco en los ojos.

Eida Raybel acusó una escalofrío. Era el director de cine, Barry Wesler.

—¿Con quién está hablando, Eida? —preguntó, sin moverse de la puerta.

—¡Oh, señor Wesler! Aquí está el capitán Burgan... Es el oficial de confianza del coronel Cowan. Estoy tratando de convencerle para que regrese a su unidad... Ha prestado servicio en la selva durante mucho tiempo, y creo que podrá serle muy útil...

—¿A mí, Eida? —Ahora Barry Wesler avanzó hacia la pareja.

Kev Burgan se hallaba de espaldas a la balaustrada. Había sacado un cigarrillo y lo había encendido, sin ofrecer a su pareja ni al director.

—¡Conque hablando con el «capitán»! —Siguió Barry—. Muy pronto se le ha pasado el ataque de histerismo, Eida... Me aseguró

que no bajaría a cenar, y me he enterado de que estaba bailando. ¡Muy pronto se le ha pasado el mal humor...!

—¡Señor Wesler! —apuntó un tono agresivo en Eida—. ¿Por qué me reprocha ahora que haya olvidado unos estúpidos comentarios de un sucio periódico? Usted fue el primero en aconsejarme que no lo tomara en cuenta...

—Y sigo diciéndole lo mismo que esta tarde, Eida. Exactamente lo mismo —ya se había situado a un paso de los dos—. Pero yo no le he aconsejado que pacte con el enemigo. ¿Quiere preguntarle a este sujeto quién es en realidad?

Eida se enderezó. Y se separó unos pasos de los dos, mirando a uno y otro. Primero el desconcierto inmovilizó su rostro. De pronto, empezaron a apuntar multitud de reacciones opuestas.

—¿Quién bromea?

Kev permaneció callado, con el cigarrillo en los labios, mirando con ojos burlones a Barry.

—Abajo, en el «hall», aguardan dos reporteros. Ya que no ha tenido inconveniente en bailar con ese individuo, puede bajar a entrevistarse con los dos pobres diablos que esperan con pluma y bloc...

Eida abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Señor Wesler, no le entiendo...! ¡Quedamos en que rehuiríamos a los reporteros...!

—Eso mismo —contestó el director.

Eida se quedó mirando a Kev, palpitándole el corazón aceleradamente.

—¡Dígame quién es...!

—Pues que el «domador» está presente, que lo diga él —contestó Kev.

Barry Wesler soltó un rugido.

—¡No le consentiré...!

Eida, frenética, se interpuso.

—Espere, señor Wesler...! ¡Esta cuestión me atañe a mí! ¿No es usted capitán? —preguntó, taladrándole con los ojos el rostro de Kev.

—Fui capitán, a las órdenes del coronel Cowan.

—¿Pertenece ahora al Ejército?

—¡Es corresponsal de una agencia internacional de Prensa,

especializada en el sensacionalismo y el chantaje! ¡Éste es el maldito que ha informado sobre mis «extravagancias» y sus «devaneos»...! ¡El corresponsal «KEBUR»! ¡Analice el nombre, Eida! ¡Kev Burgan...! ¡«KEBUR»!

Eida tenía el rostro encendido. Tan cerca estaba de Kev, que su cuerpo rozaba el del hombre. De pronto dio un paso atrás.

—¿Es cierto eso?

—Puesto que el «domador» lo dice... —empezó Kev.

—¡Miserable...!

—Está usted equivocada, Eida. Esa información...

Pero ella no le dejó seguir. Levantó una mano y le golpeó en la cara, una sola vez, porque enseguida retrocedió, como asustada.

En la sala de baile ya sabían que algo iba a ocurrir y ahora se encontraban muy cerca de la puerta, mirando a la terraza.

—No debió hacerlo, Eida... Su «domador» sabe que yo he protestado...

Pero el director Barry Wesler tenía interés en que Eida no le oyerá. La cogió de un brazo.

—¡Vámonos...!

Eida se soltó, en una reacción de rebeldía. De pronto sentía un inexorable rencor hacia el temido Barry Wesler, por haber esperado aquel momento para hacerle esa revelación. Conocía demasiado a su director. Sabía que había estado acechándola, hasta verla contenta en compañía del periodista.

—¡Déjeme...! ¡Y no se ocupe de mí hasta el momento de partir!

Se marchó, convertida en una hermosa ñera, dejando a Barry con el rostro congestionado, por aquella inesperada rebeldía.

—¡Buen pago a su servicio! ¿Eh, Wesler? —preguntó Kev, irónico.

El director creyó encontrar en el periodista un motivo de escape a su ira.

—¡Te voy a romper las muelas...!

Aún no había terminado de decirlo, cuando los puños de Kev chascaban en sus mandíbulas. Barry Wesler retrocedió corriendo, yendo a chocar contra la muralla de invitados que había en la puerta.

Allí cayó, sentado, porque la espalda quedó apoyada contra las piernas de los espectadores. Pero estaba inconsciente, con sangre en

las comisuras de la boca.

—¡Qué lástima que su operador no esté presente, con la cámara lista! —comentó Kev, con magnífica indiferencia.

Algunos de los espectadores rieron. Detestaban a Barry Wesler, por el despotismo con que trataba a todo su equipo.

Kev Burgan pasó junto a Barry sin mirarlo, cruzó la sala y descendió por la escalinata que conducía al «hall».

Allí estaban los dos reporteros aludidos por Wesler. Miraban al bar, donde había entrado alguien de mucha importancia para ellos.

Era Eida Raybel. Los dos reporteros habían sorprendido en su gesto el resultado de la intervención del director.

—¿Nos acercamos? ¡Quizá ahora quiera hablar...!

—¡Está furiosa! ¡Nos mandará al diablo...!

—Nos presentaremos como agentes de policía.

De pronto vieron delante de ellos a Kev Burgan.

—¿Qué hay, «compañeros»? —preguntó Kev, sonriendo; pero, en sus ojos oscuros, había algo terrible.

—¡Kev!... ¿Estabas aquí? —preguntó un reportero, con forzada alegría.

—¿Quién de los dos le ha dicho a Wesler que yo he pedido una aclaración al periódico que ha informado tan falsamente?...

—¡Yo se lo he dicho, Kev, puedes creerme!

—¡Y yo también! —se apresuró a decir el otro periodista.

—Entonces, ¿por qué esperabais aquí? —preguntó Kev.

—El señor Wesler nos dijo que posiblemente nos necesitara...

Efectivamente: Barry Wesler les había pedido que esperaran, para que confirmaran que Kev era el autor de la información que tanto había irritado a Eida, en el caso de que ella se resistiera a creerlo.

—Sabéis muy bien que se radió una información con mi nombre, que yo no escribí. Me hubiera contentado con una aclaración del periódico... Pero ahora iré más lejos —miró a los dos fijamente—. Quien lo ha hecho puede ser un pobre diablo respaldado por alguien que dispone de muchos fondos. Se averiguará...

Los dos reporteros palidecieron.

—¡No pensarás que nosotros somos capaces de hacer una faena así a un compañero...!

—¡Somos tus amigos...!

Kev levantó los dos brazos al mismo tiempo. Los dos reporteros se levantaron un palmo del suelo y quedaron a los lados, inclinados, con las manos en las mandíbulas.

Kev pasó por en medio de los dos y salió a la calle, sin preocuparse de averiguar quién pudiera estar mirándoles.

Todos los que había en el bar dejaron de observar a Eida para mirar hacia el «hall». Ella también lo hizo. Al primer momento, cuando reconoció a Kev, sus ojos llamearon, y su cuerpo, sentado en alta banqueta del mostrador, quedó en actitud de saltar, vibrando de cólera. Pero al disparar Kev los dos puños a la vez y pasar por entre los dos periodistas con naturalidad, como si nada hubiese ocurrido, varios prorrumpieron en carcajadas.

Eida apartó la vista del «hall», y ya, al parecer, sin irritación, sino simplemente seria, quedóse mirando el vaso que tenía delante.

Dos elegantes que acababan de bajar de la sala de baile, sin reparar en que Eida se encontraba en el mostrador, comentaron, en voz alta, que arriba acababa de ocurrir algo más interesante.

—¡Al fiero Wesler lo ha dejado hecho un muñeco...!

—¡Lo ha hecho papilla!...

Algunos de los que escuchaban les hicieron señas para que callaran. Les indicaron que la bella Eida Raybel estaba oyéndoles y que no podía ver con agrado que hablaran así de su director.

Los dos que habían presenciado el incidente de la terraza miraron asustados hacia la artista.

Y se encontraron con que Eida, mirando fijamente el vaso, esbozaba una sonrisa...

* * *

Esa sonrisa volvió a asomar en los labios de Eida cuando al día siguiente, ya en el aeródromo, vio aparecer a Barry Wesler, acompañado de los dos reporteros.

Los tres llevaban señales del «diálogo» con Kev. Sobre todo, Barry Wesler. Tenía hinchado un lado de la cara y apenas podía abrir la boca.

Al ver a Eida, Wesler despidió a los periodistas.

—Quedamos en que esquivaríamos a la Prensa —dijo Eida.

—¡Éstos son amigos! —barbotó Wesler.

—Y compañeros de «penas», por lo que vi anoche —y Eida rió.

Había demasiada gente mirándoles, y Barry Wesler se contuvo. Aplazó, para cuando se encontrasen en pleno vuelo, la amenaza que desde la noche anterior tenía entre dientes.

Ya estaban todos los pasajeros acomodados y se iba a retirar la escalerilla, cuando Eida vio que alguien cruzaba corriendo la pista.

—¡Mire quién viene! —dijo, tocando con un codo a Wesler, que permanecía abstraído.

Cuando vio que era Kev Burgan, el director soltó un rugido, poniéndose de pie.

—¡Eso, no...!

Todos se quedaron mirándole. Eida lo cogió de un brazo y lo hizo sentar.

—Si tiene pasaje, lo único que nos queda por hacer, es apearnos —dijo ella.

—¡Y eso haremos...!

—¿No sería concederle demasiada importancia a un plumífero? —preguntó, mordaz.

Barry Wesler iba a replicar violentamente, cuando sonriendo, murmuró:

—Eida: Hemos de aterrizar en Vientiane... El, seguramente hará lo mismo... Conozco al coronel Cowan. Es un gran admirador de usted...

—Tengo entendido que es admirador de muchas mujeres —replicó Eida, recordando lo dicho por Kev la noche anterior.

—¡A usted la adora...! Gracias a esa devoción he conseguido que me ofreciera toda clase de facilidades para realizar esta película. Las noticias que me envió Norken son que todo el equipo se hallaba instalado en las mejores condiciones, y que el coronel se había encargado de reclutar a los porteadores. De manera que, apenas lleguemos, estaremos dispuestos para salir...

En ese momento pasaba Kev acompañado de la azafata, para colocarse en un asiento delantero. Hizo como que no veía al director y a Eida.

La artista le siguió unos momentos con la mirada. La gentil azafata se echó a reír mientras sus mejillas se coloreaban, por algo que Kev acababa de decirle, en el momento de sentarse.

Esto lo vio Eida y de pronto su sonrisa burlona desapareció.

Miró a Barry Wesler.

—Y bien: ¿Qué, con que el coronel Cowan se haya portado tan solícito...?

—Verá: Si usted le dice al coronel que un ex subordinado suyo...

—Pero ¿ese hombre ha estado a las órdenes del coronel Cowan?

—¡Y de qué manera...! El coronel estuvo a punto de someterlo a un Consejo de Guerra, por insubordinación. Pero ese tipo estaba ya a punto de ser licenciado, y se valió de buenas agarraderas...

—¿Cómo sabe tanto de un hombre que hasta hace unos días ninguno de los dos habíamos visto? —preguntó Eida.

Barry Wesler rehuyó su mirada.

—Me lo han dicho los reporteros que me acompañaban al aeródromo...

Fue ya en pleno vuelo, cuando Barry Wesler prosiguió:

—Estaremos un día en la capital, quizá más... Le sobrarán ocasiones para encontrarse con ese individuo. Procure atraérselo y en el momento oportuno ya le indicaré lo que habrá de hacer...

—¡Wesler...! ¿Cómo se explica que ahora quiera que yo me acerque al que se permitió publicar verdaderos escarnios...? —inquirió Eida, frenética.

—¡Debe confiar en mí...! Lo que importa es llevar a ese tipo al sector del que el coronel Cowan es jefe. Entonces se le mostrará al coronel ese inmundo periódico, y ya se encargará él de hacérselo comer.

Eida no apartaba la vista del respaldo del asiento en que iba Kev. El periodista parecía haberse deslizado lo más posible para ocultar la cabeza.

—¿No le parece una buena represalia? —preguntó Wesler, después de un largo silencio.

—Me extraña que usted no quiera esta vez utilizar los medios que siempre ha considerado oportunos.

—¿Cuáles?

—Demandarlo judicialmente.

—¡Eida! ¡Estamos en Oriente...!

Ella le miró perpleja.

—¡Qué tontería...! Ese periodista y nosotros nos debemos al mismo país y a las mismas leyes.

—Sí, desde luego... Pero eso nos llevaría mucho tiempo. Hasta

que ese individuo tocara las consecuencias, nosotros ya nos habríamos olvidado del incidente.

—¡Yo no pienso olvidarlo nunca!... ¡Las torpes insinuaciones que ese hombre se ha atrevido a publicar en la Prensa, le han de costar lágrimas! —prorrumpió Eida, con voz sorda.

Era la actitud que Barry Wesler deseaba y guardó silencio. Cuando estuviesen en la capital de Laos, removería el fuego.

CAPÍTULO II

En Vientiane, se encontraba el cuartel general norteamericano. Hacía meses que las familias de los oficiales habían sido evacuadas a Bangkok. De un momento a otro, aquella lucha de guerrillas podía convertirse en una hoguera peor aún que la de Corea.

Había en la selva y en las zonas distantes, agentes de la C. I. A., la Oficina Central de Inteligencia de los Estados Unidos. Los oficiales vestían de paisano y muchos constaban como «retirados». Debido a esto, los antiguos compañeros de armas de Kev Burgan no creían que estuviese efectivamente separado del Ejército.

Cuando lo vieron aparecer en el bar, donde solían reunirse, lo saludaron como a un viejo camarada que se incorpora a la unidad después de un largo permiso.

—Estáis equivocados. Ahora soy periodista.

—¡Desde luego! ¡Tío Sam tiene muchos recursos! Yo estoy aquí como «botánico» —dijo uno de los oficiales, riendo.

No creyeron a Kev. Ni siquiera cuando uno lo señaló como autor de los reportajes que estaban apareciendo en distintos periódicos, hablando del Asia Sudoriental, con la firma de «KEBUR».

—Tío Sam hace bien las cosas —comentaron los que se pasaban de listos.

Esto que le sucedía con los que fueron sus compañeros de armas, le ocurrió con Eida Raybel.

Al día siguiente de haber llegado a la capital, ella lo abordó, en plena calle.

—Capitán Burgan...

Le sonreía y le tendía una mano.

—Quedamos en que no pertenecía al Ejército —replicó Kev.

Ella entornó los ojos, haciendo un gesto de malicia.

—Desde luego. Bien... Mi director ha quedado en que enviaría un «jeep» de buena mañana, para trasladarme al sector donde se encuentra el coronel Cowan. Allí está el resto del equipo. ¿Por qué no me lleva usted?

—¿Persiste en la idea de salir en esa absurda expedición?

—¿Y por qué no? Mi trabajo es interpretar ante la cámara, y ahora la película se desarrolla en estas selvas.

—¿Ya han contratado los elefantes?

—Seguramente. ¿Por qué?

Kev mostró un recorte de periódico.

—Otro error.

Se lo dio a ella, señalándole las líneas que debía leer.

«Mister Wesler busca el color local, pero a la hora de viajar, deja los elefantes y coge el “jeep”».

Pero eso no era lo que Kev quería que leyera, sino unas líneas más abajo. Y Eida fijó la atención en lo que él deseaba.

«Ésta es la tierra del amor, y la hermosa Eida Raybel se dispone a vivir sus más apasionadas horas bajo el dosel de la selva».

Eida estaba roja de ira. Leyó la firma: «KEBUR».

—¡Esto!...

—Lo he recibido en el correo de esta mañana —contestó Kev.

—¡Esto... le costará... el peor disgusto de su vida!...

Volvió a levantar la mano, como en la terraza del hotel de Honolulu. Pero esta vez no tuvo éxito. Kev se la cogió cuando se disponía a pegarle, dio un fuerte tirón, y ella cayó en sus brazos.

La enlazó por la cintura, luego subió las manos, las aplicó a la espalda y cuando ella quedó rígida, con la cara levantada, la besó fuertemente en la boca.

La soltó, sin parecer reparar en que ella palidecía, por el estupor, más que por la cólera.

—¡Miserable!...

Muchos occidentales les miraban, todos igualmente desconcertados.

Un «jeep» se acercaba, a marcha lenta. Lo conducía el sargento Kessel, el eterno renegón, cuya cara tenía una flexibilidad que era un verdadero prodigio.

Cuando sufría un acceso de ira, su nariz se ponía al rojo vivo, y

se le arremangaba de tal forma, que parecía que la punta fuera a alcanzar el entrecejo.

Pero era en las orejas donde tenía la cualidad más sorprendente. En un momento dado se convertían en las aletas de un pez.

Ahora mismo, al ver al que fue su capitán besando en plena calle a la bella Eida Raybel, las orejas empezaron a moverse, como si de esta forma fuera a compensar la poca marcha del «jeep».

—¡Que me aspen si Kev no está loco! —empezó a gruñir.

Hacía una hora que había dejado al coronel Cowan echando pestes contra Kev Burgan. El director Barry Wesler le había dado una versión bien irritante de lo que habían publicado algunos periódicos sobre Eida. Por si eso no bastaba, Wesler había referido el incidente del hotel y los comentarios despectivos que Kev había hecho de su antiguo jefe.

El sargento había oído parte de las maldiciones que el coronel soltó contra su ex subordinado.

—¿La señorita Raybel? —preguntó el sargento, deteniendo el «jeep» junto a la artista.

Ella se volvió, ahora roja de ira.

—¡Sí! ¿Qué desea?...

—De parte del coronel Cowan... He estado en el hotel y me han dicho que había salido... Vengo por usted —el sargento se trababa, a causa de la belleza y agresividad que veía en la cara de Eida, y porque no sabía qué actitud adoptar ante su ex superior.

Kev le facilitó el camino. Apenas ella saltó al «jeep», dijo:

—Hola, sargento. Lleve cuidado con la «carga»...

—Sí, señor.

—Dele recuerdos al «jefe».

—Lo haré, señor.

—Déjese de «señor». Llámeme Kev a secas —señaló, riendo.

Ella había estado escuchando atentamente.

—¡Ya es tarde para disimular! —prorrumpió Eida—. ¡Él lo reconoce como a un superior!... ¡Prefiero que sea así! ¡Veremos qué dice el coronel!... ¡En marcha!...

—¿No pasamos por el hotel, señorita? —preguntó el sargento.

—¡Nada tengo que recoger! ¡Todo se lo llevaron los que salieron primero!

Al arrancar el «jeep», el sargento movió las orejas, a modo de

saludo.

—No olvide mis recuerdos al «jefe» —gritó Kev.

Una hora más tarde, Kev Burgan era visitado en el hotel por un inspector de la

C. I. A.

Se conocían de mucho tiempo, y después de saludarse familiarmente, el inspector Howland dijo:

—Es un poco extraño lo que usted hace, precisamente en Vientiane. Fue precisamente aquí donde, por un asunto de faldas, estuvo usted a punto de verse ante un consejo de guerra.

—¡No me lo recuerde!... Fue la última faenita del coronel Cowan. Nunca ha resistido el que le pisaran la raya, y como él ya había fracasado con la mujer que resultaba ser amable con otros, me escogió como cabeza de turco. Sí, fue eso, inspector. Ya procuró él que se armara escándalo, estando yo en medio... Bueno, pero eso es agua pasada. ¿A qué viene ahora sacarlo a relucir?

El inspector apenas podía contener la risa.

—¿Lo que hace un rato ha ocurrido en la calle con la artista, es también algo que le han preparado?

Kev sacó de una carpeta varios recortes de periódicos, donde había párrafos marcados en rojo.

—Lea esto.

El inspector lo hizo. Su cara expresó gran estupor. Todo lo que había señalado en rojo eran sarcasmos a la belleza y a la conducta de Eida Raybel.

—¡Diablo!... ¡Aquí hay cosas muy fuertes!...

—¡Y con mi Arma! —exclamó Kev.

—Y bien... —El inspector le miró interrogativamente.

—Yo no he escrito eso. He pedido explicaciones a la agencia en San Francisco, y la respuesta es que siguen llegando informaciones que yo no envío... ¿Explicación? Muy clara: hay interés en que esa monada de criatura y yo vayamos a trompicones.

—¡Si no se explica mejor!

—Es bien sencillo: cuando, estando en San Francisco, me enteré de que Barry Wesler se disponía a venir aquí para filmar una película, dije en la agencia que me ofrecería al grupo como guía, y que iban a recibir reportajes verdaderamente sensacionales. No sé qué demonios entendieron, y al recibir las primeras informaciones

debieron parecerles demasiado blandas, y han puesto mostaza...

El inspector de la

C. I. A.

había entornado los ojos, sin dejar un momento de mirar a Kev.

—¿Sigue usted al grupo desde San Francisco?

—A ella, sí.

—¿Por qué?

—¡Demonio! ¡Porque me gusta! ¡Desde la primera película que le vi, tengo su imagen aquí! —se dio en la frente—, y aquí... —Se dio en el pecho, con un puño. El inspector lo miraba con ironía.

—¿Qué hay tras todo esto, Kev?

—¿Qué le pasa? ¿Es que no me cree?

—Claro que no.

—¡Esa muchacha es divina!

—No lo discuto. Pero ¿qué busca usted?... He seguido su labor de periodista y he comprobado que su verdadera carrera está en el periodismo. Sobre todo, para tratar temas de Extremo Oriente. Sé de más de un político que se ha inspirado en sus artículos, para adoptar una posición en la política a seguir en el Asia Sudoriental...

—Muy honrado —dijo Kev, sonriendo.

—Usted sabe que es cierto. Tiene usted una visión muy clara de la situación... Por eso resulta inconcebible que, por una muchacha de más o menos belleza, deje usted de ocuparse de asuntos verdaderamente serios. Usted no ignora que esto es un polvorín.

—Algo peor.

—¿Y besuqueándose en plena calle es como va a contribuir para remediarlo?

Kev se puso serio.

—¿Su reproche tiene carácter particular, o lleva el sello oficial?

—Entiéndame, Kev. El momento es muy crítico. Aquí estamos para dar ejemplo... Alguien ha venido a quejarse...

Kev soltó la carcajada.

—¡En esta tierra donde existen las concubinas como en la mía los hongos!...

—¡Por favor, Kev! Me han pedido que le «invite» a salir del país...

Kev enrojeció de ira.

—¿Quién?

—No puedo decírselo.

—¿El coronel Cowan? ¿Barry Wesler? —lo preguntaba como hablando solo—. ¡O tal vez los mismos que me achacan informaciones que yo no he escrito!... ¡Luego, voy por buen camino! ¡Yo estorbo!...

De pronto se calló, mirando al inspector como arrepentido de haber dicho demasiado.

—Tampoco yo iba por camino equivocado al pensar que usted utiliza a esa bella muchacha como pretexto, para cubrir un propósito serio.

—¡No, no, inspector!... ¡Eida me tiene loco!... ¡Y no estoy dispuesto a consentir que un déspota, que un loco como es Barry Wesler, la destruya!...

El inspector lo miraba con sorna.

—¿No quiere decirme lo que hay detrás de toda esa alharaca, Kev? Sepa que estoy de su lado y que le ayudaré.

—Oh, no, inspector. Si me prestara ayuda, todo se iría al traste. —Admito que busco algo más que galantear a esa preciosa mujer. Pero eso que busco es todavía muy vago... Se trata de un presentimiento. Verá.

Arrastró un sillón y se sentó frente al inspector.

—¿Usted conoce la carrera de Barry Wesler? ¡Un genio del cine, eso no se puede discutir!... Pero ¿qué ha ocurrido últimamente? Sus dos últimas películas han sido un fracaso. Él tenía invertido en ellas mucho dinero, y ahora está arruinado. Los productores no han querido saber nada de él en estos últimos meses. Le huían como al demonio... Y de pronto...

Se interrumpió para encender el cigarrillo que el inspector acababa de darle.

—De pronto, «alguien» se ha prestado a financiar la película, sobre un guión absurdo.

—¿Es que conoce usted el guión?

—¡Como que lo he escrito yo! Pero Wesler no lo sabe... Fue escrito por encargo. Desde Los Ángeles me escribió un amigo, ofreciéndome ese trabajo a condición de que no lo firmara, y de que lo tuviera listo en unos días... Esa prisa, y el que tuviera que desarrollarse precisamente en Laos, me chocaron. Sabía que el director iba a ser Barry Wesler. Él nunca ha dirigido películas de

selva... ¿Quién financia esto?

El inspector Howland se rascó un lado de la cabeza, ⁴ tratando de hacer un gesto malicioso.

—Quizá algún admirador de Eida...

—¿Y dónde está? En el grupo sólo van técnicos y actores. ¿Cómo no va en el grupo y deja que la diosa de sus sueños se arriesgue en la selva?...

Siguió un silencio. El inspector expulsó la ceniza que se le había adherido a las rodillas.

—¿Y qué piensa usted... sobre el que financia la película?

—Es todavía muy vago, inspector. No puedo decir más que, tan pronto sepa algo que valga la pena, usted será el primero en conocerlo. A cambio de eso quiero su influencia.

—En lo que yo pueda...

—Están al llegar unos altos jefes militares y un senador, para presenciar unas maniobras de las fuerzas laosianas en el sector del coronel Cowan.

El inspector, después de un gesto de sorpresa, exclamó:

—¡No se le escapa nada, Kev! La llegada de esos personajes se mantenía en secreto.

—Ya ve que no. Bien. Yo quiero asistir a esas maniobras. Usted debe llevarme en calidad de invitado. Así el coronel se quedará con las ganas de ponerme la zancadilla.

—¿Tanto le interesan las maniobras?

—En cierto aspecto, sí. Sé lo que el coronel habrá hecho con los pobres muchachos que están bajo su mando. Todos se moverán con la impecable exactitud de los cadetes de West Point. Otra cosa será cuando haya que maniobrar bajo un fuego de «veras»... Conozco el estilo del coronel Cowan...

—Imagino que, después de presenciar las maniobras, saldrá usted dando latigazos con sus reportajes.

—No. Quiero ir al sector del coronel Cowan para ver si existe alguna oportunidad para que él y yo pactemos una tregua... Necesito acompañar al grupo de cineastas. Presiento graves riesgos para toda la expedición, pero es la muchacha lo que me importa. ¿Cuento con su ayuda?

—Tan pronto vayamos a salir, le avisaré.

—Conforme. Yo voy a estar unos días en Bangkok. Le dejaré mi

dirección. Puede avisarme en clave.

Una semana más tarde, Kev Burgan recibió la consigna para regresar a Vientiane. Llegó con el tiempo justo para agregarse a la comitiva.

Cuando los altos jefes y el senador se apearon de los «jeeps», el coronel Cowan estaba pasando por un mal momento, debido a algo que habían captado por la emisora del puesto.

No podía interrumpir las maniobras porque no se trataba de un hecho de guerra. Ni siquiera sabía si el mensaje captado a medias por el radio del puesto era auténtico.

Por si era poco el aturdimiento del coronel Cowan en el momento en que llegaron los personajes, vio que de uno de los «jeeps» se apeaba el que durante mucho tiempo fue su pesadilla: Kev Burgan.

Allí lo tenía, con su cara de guasa, mirándole provocativamente: «¿Qué, jefazo, sudas lo tuyo? A ver cómo os portáis. Vengo como crítico de teatro...». Esto entendió el coronel que decía la mirada de Kev.

Lo conocía demasiado bien y sabía cómo opinaba acerca de su tendencia a la exactitud en los movimientos y corrección en la indumentaria.

Kev presintió que algo ocurría. El sargento Kessel le hizo una seña para que se quedara rezagado del grupo.

Le extrañó ver al sargento con equipo de marcha, rodeado por un pelotón de laosianos, algunos de los cuales estuvieron a las órdenes de Kev, y sabía que eran buenos soldados.

El coronel y los personajes se marcharon al campo de instrucción.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kev.

—¡Salimos en busca del grupo! ¡Se ha recibido como una llamada de socorro! ¡Ya tengo dos «jeeps» dispuestos! ¡El coronel no quiere que se sepa que sucede algo!...

Kev había palidecido, apretando las mandíbulas. ¡Si fuese demasiado tarde!...

—¡Iré con usted aunque no quiera!...

—Gracias, capitán —contestó el sargento—. Estaba seguro de que lo haría... Es usted el jefe que necesitamos. ¿Quiere revisar el equipo?

—Aunque estoy seguro de que estará bien, quiero cerciorarme.

Todo estaba en orden. Kev se metió en la barraca de comunicaciones y pidió detalles de la llamada.

—Se oía como si discutieran entre ellos. Uno decía: «¡Soy yo quien manda, no lo olvide!». Me pareció la voz del señor Wesler... A continuación, alguien maldijo, e inició lo que yo interpreto como una llamada de socorro... Pero no llegó a terminar. Se oyó como si le golpearan...

—¿Qué gente salió con el grupo? —preguntó Kev, dirigiéndose al sargento.

—Porteadores indígenas.

—¿Hace mucho que salieron?

—Cinco días... El coronel quiso ofrecerles custodia, pero el señor Wesler contestó que ellos se bastaban. Llevaban armas en los paquetes y todos sabían disparar, incluyendo a la señorita Raybel y a otra actriz que va en el grupo.

Kev escribió una esquila y se la entregó al radiotelegrafista.

—Cuando regresen del campo de instrucción, haga lo posible porque esta nota llegue a manos del inspector Howland. Va en el grupo.

Lo escrito por Kev decía:

«Inspector: Influya para que no me ponga trabas el coronel Cowan. Ya es bastante la maraña de la selva... Tan pronto sepa algo, usted será el primero...».

CAPÍTULO III

El que se había detenido primero, Kev, se volvió para mirar severamente a un subordinado, que acababa de producir un ruido al tronchar unas matas.

El silencio más absoluto se hizo en torno. Un silencio que todavía parecía más fuerte por el grito de algún pájaro o el arrastrar de algún reptil escapando por entre la maleza.

Kev, a la vista de las primeras piedras, había apoyado contra la cadera la culata del fusil ametrallador. Con la mano que le quedaba libre había hecho la señal de alerta.

Las piedras que veía tenían forma de balaustrada. El follaje le dejaba ver un bloque que formaba ángulo y un agujero desigual, tal vez porque la columna que lo cruzaba estaba rota.

Antes de seguir adelante, volvió la cabeza para ver si su gente se encontraba en la posición que les había indicado. Sólo una mirada experta como la de Kev podía distinguir en aquel borrón verde que formaba la tupida vegetación, la mancha amarillenta de los uniformes.

Kev avanzó unos pasos. Los retorcidos cordajes de las lianas rozaban su cuerpo, como trampas tendidas que fuesen a apresarle al menor descuido.

Llegó a un sitio donde la vegetación era más clara y comprobó que lo que pensó al principio era cierto. Se trataba de una balaustrada medio derruida, al borde un agua amarillenta, sucia, llena de ranas.

Kev estaba seguro de no haber producido ruido al acercarse y, no obstante, su proximidad levantó un formidable chapoteo. De todas partes surgían bichos verdosos, entregados al juego de trazar arcos en el espacio y agujerear la costra negruzca que había en el

agua.

Kev siguió adelante, y, en el mismo punto en que se interrumpía el follaje, a un metro escaso de la primera balaustrada, se detuvo.

Un viejo edificio, de estilo chino, apoyaba su mole sobre una especie de plataforma en medio de un gran lago. La base del edificio tenía aspecto de fortaleza. Los rectángulos de las puertas se hallaban trazados sobre una especie de muralla; Arriba, delgadas columnas sostenían unos cuantos tejados superpuestos.

Apenas Kev hubo dirigido una rápida mirada al edificio, dio unos pasos atrás. Hizo castañetear los dedos y un laosiano que se encontraba a muy pocos pasos de Kev, se le colocó al lado.

—Pham-Tung: ¿Es éste el palacio que decías?

El laosiano asintió. Kev le indicó que se acercara al edificio, para que se cerciorara.



—¡No dispare! ¡Somos hermanos!...

—En muchas millas no hay otro palacio, señor. —Contestó el indígena.

Kev, después de consultar el mapa, lo guardó. El laosiano se había acercado al edificio y al momento había regresado, afirmando que era el palacio previsto.

Sabía Kev que algo más había averiguado.

—Di lo que sea,
Pham-Tung.

—¡Huellas, señor!... ¡Huellas nuevas!

Al primer momento. Kev no le entendió. Intervino el sargento.

—Pham-Tung quiere decir huellas recientes, y también huellas occidentales.

Eso era lo que importaba. Hacía ya dos días que se habían separado de los «jeeps» y de la carretera número siete. Se encontraban en el ángulo que formaba esta carretera con la carretera Astrid, dominada por el enemigo.

Dio instrucciones al grupo. A una señal de Kev, la mitad del grupo irrumpiría de la espesura e iría a colocarse a lo largo de la balaustrada, utilizándola como trinchera.

Kev, seguido de

Pham-Tung,

fue a colocarse frente a la pasarela. El chapoteo de ranas había cesado. Hastía el chillido de los pájaros y el roce de los reptiles se habían extinguido. Parecía que toda la selva permaneciese en expectación.

Ya la gente situada, Kev salió justamente frente donde arrancaba la pasarela. Con el fusil en las manos, sin apuntar a nada determinado, fue avanzando con paso lento. El silencio por momentos pesaba más.

Encaradas con el final del puente había dos puertas, y las dos permanecían cerradas.

Se detuvo encima mismo del ojo del puente. Desde la distancia que le separaba del edificio podía apreciar cualquier movimiento, por leve que fuese. Pero cualquier adorno de la fachada podía ocultar el cañón de un fusil.

Captó un gemido de bisagras, junto con un crujir de madera. Una puerta se había abierto.

Kev no hizo ningún movimiento. Permaneció con el fusil cogido con ambas manos, mientras la puerta se cerraba y se abría varias veces.

—¡Abran de una vez! —gritó.

La puerta se abrió completamente y quedó quieta. El rectángulo perdió su fondo de madera gris y adquirió otros, intensamente negros.

—¡Salga quien sea!

Algo empezó a temblar en el recuadro negro. Notaba unas

manchas levemente claras, que se movían, que parecían avanzar hacia la luz.

Por fin, la figura de un hombre de mediana estatura, grueso, de calva reluciente, apareció con los brazos en alto.

—¡No dispare! ¡Somos hermanos!...

—¡Venga aquí! —ordenó Kev.

El otro obedeció, temblando.

—¿Quién es usted?

—¡Capitán! ¡Es el señor Geiser! —gritó el sargento, saliendo de la espesura.

Kev bajó el fusil. Sabía que Geiser era el ayudante de Barry Wesler.

—¡Menos mal!... ¿Están todos ahí dentro?

Gruesas gotas de sudor se deslizaban por la calva del ayudante del director. Llevaba indumentaria de explorador, con ancho cinto de cuero del que colgaba una funda sin revólver.

—No... No estamos todos —murmuró—. Ni siquiera la mitad del grupo...

—¿Qué les ocurre?

En la puerta apareció una mujer, de cabellos grises, pero de rostro joven. Vestía lo mismo que Geiser, indumentaria de explorador, pero a la primera ojeada se advertía que allí había algo forzado. Su elegante porte estaba reclamando el traje suntuoso y una sala brillante de luces y joyas.

Sus ojos glandes y azules, miraban a Kev y a los soldados, sonriéndoles con simpatía.

El sargento susurró al oído de Kev:

—Es Emma Datner, la otra actriz.

Pero ya Kev la había reconocido. Emma Datner fue años atrás una de las primeras actrices del cine. Luego vino el período de penumbra, y en la actualidad, casi nadie la recordaba.

—¡Bienvenidos todos! —saludó la mujer.

—¿Y Walter?... ¡Walter!... ¡¡Walter!!... —prorrumpió Geiser, cada vez sudando más.

—¡Estoy aquí, Geiser! ¿Por qué demonios grita tanto?

Había asomado por el tejadillo situado encima mismo de la puerta. Era un hombre joven, muy bien parecido. Era nada menos que el galán de la Compañía: Walter Dood, un nombre muy

cotizado.

—¡Estamos salvados!... ¡Estamos salvados! —Siguió Geiser, dando el efecto de que iba a prorrumpir en sollozos.

Momentos después, ya Walter con ellos, declaró Emma:

—Hace días que nos separamos del resto del grupo...

—¿Pidieron ustedes socorro? —preguntó Kev.

—¡No! Y no es que no hayamos necesitado hacerlo —dijo Geiser—. Hace días, todo el grupo tuvo un encuentro con una partida de bandidos, y nos esparcimos. Nosotros nos refugiamos en este caserón, sin más armas que un fusil y un peine de reserva...

—¡Dios mío! —exclamó Emma—. ¡Qué habrá sido de Eida!

—¡Y de nuestro equipo! —suspiró Geiser—. ¡Qué desastre!

—Prepárense para una larga marcha —dijo Kev.

Mientras tanto, observaba a Walter Dood. Era el que formaba pareja con Eida. Era seguro que toda la guarnición de Laos había comentado con más o menos ironía, la visita del grupo de cineastas. Cualquier soldado baqueteado por aquella agotadora e interminable lucha en la jungla, tenía el comentario a flor de labios: «¡Harán una guerra de monigotes!».

Aquella zona de Laos durante algún tiempo había permanecido tranquila. Al abandonarla los franceses, los norteamericanos se encontraron con la necesidad de taponar aquel pasillo.

Súbitamente apareció infestado de guerrilleros, como si Laos se hubiese convertido en un trozo de comida sobre el que se volcaban columnas de hormigas.

—Ignoramos lo que ha ocurrido —contestó el sargento—. El mensaje no pudo entenderse... Tal vez se les agotaron las baterías de la emisora.

—¡Llevaban de repuesto! —señaló Geiser.

—Pueden haber perdido el equipo.

Emma, después de mirar a sus dos compañeros, dijo a Kev:

—¡Creo necesario decirle la verdad, capitán! Desde que se produjo la desbandada, nos refugiamos aquí y de aquí no nos hemos movido. El señor Wesler sabe la existencia de este caserón, y contábamos con que vendría a buscar este refugio...

—¡Aquí teníamos planeadas algunas escenas de la película! —agregó el ayudante—. ¡El jefe estaba entusiasmado con este paraje!... ¿Cómo no ha venido?

—¿Cree que hemos hecho mal en limitarnos a esperar? —preguntó la actriz.

—Tranquilícese...

El galán Walter prorrumpió:

—¡Qué fácil es aconsejar!... ¡Acabaremos locos!... Yo sé lo que he pasado en estos días. Me he sentido como atado de pies y manos. Emma estaba con nosotros. Eida no me hubiera perdonado nunca que la abandonara o que la empujara a correr riesgos inútiles...

—Creo que han hecho bien en limitarse a permanecer aquí —le interrumpió Kev, viendo al actor abocado al histerismo— y repito que se tranquilicen. Vamos a salir.

Mientras el joven actor estuvo justificándose, a los labios de la actriz de rostro joven y cabello gris había ido asomando una sonrisa irónica. Walter no había dejado de mirarla, y sin hacer caso del consejo de Kev, gritó:

—¡Lo que he dicho es cierto, Emma!... ¡Usted sabe que es cierto! ¡Eida nunca me hubiera perdonado que, por socorrerla a ella, la dejara a usted!...

—¡Cállese! —ordenó Kev.

Los soldados que permanecían alineados a lo largo de la pasarela, se habían vuelto todos a mirar en la dirección de la jungla.

El sargento, que hacía unos momentos había desaparecido, surgió de pronto e hizo una seña a Kev. Éste se acercó a él. Durante unos instantes permanecieron cuchicheando.

Se separaron, y el sargento volvió a meterse en la espesura.

—Refúgiense en la casa —ordenó Kev a los artistas—. Pero sin cerrar la puerta.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó Emma.

—Lo ignoramos. Pero alguien se acerca.

Walter, súbitamente repuesto su ánimo, se colocó delante de Kev.

—¡Capitán! ¡Para lo que sea, deseo que cuente conmigo!

—¡Digo lo mismo! —exclamó Geiser.

—Lo tendré en cuenta... Pero, de momento, la mejor ayuda es que permanezcan escondidos.

Instantes después, la pasarela y cuanto terreno despejado había alrededor de la casa, permanecía en completa soledad. Tan fuerte llegó a ser el silencio, que algunas ranas empezaron a asomar la

cabeza por la costra amarilla que cubría el lago.

* * *

Pham-Tung

y otros indígenas desenfundaron el cuchillo, sujetándolo con los dientes, y empezaron a arrastrarse, como verdaderos reptiles.

Con tal sigilo lo hacían, que no se advertía ni el más leve movimiento de arbustos. Detrás de los laosianos iba el sargento Kessel.

Atrás, guardando todas las entradas del caserón, estaba el resto del grupo.

Kev, que iba delante de todos, imitó el zumbido de un insecto, como señal de alerta. Todo permanecía quieto.

Los hombres dejaron de arrastrarse y quedaron pegados al suelo, sobre la alfombra de hojas y raíces, bajo las cuales se veía el fruir de millones de hormigas.

Transcurrieron unos minutos. Diríase que había sido una falsa alarma. Sin embargo, en la infinidad de ruidos de la selva notábase una mancha de silencio que abarcaba una vasta área. Todo en aquella zona parecía haber contenido el pulso.

Y todo, de pronto, entró en una actividad de vértigo. De cualquier punto surgía un hombre, brillaba el relámpago de un cuchillo y al momento se advertían resuellos agónicos.

Únicamente en el sitio donde se encontraba Kev se oyó el barboteo del fusil ametrallador. Y únicamente allí se oyeron alaridos. Luego, como si una enorme cuchilla procediera a abrirse paso en todas direcciones a través de la espesura. El enemigo se retiraba.

Todo volvió a quedar en un silencio levemente estremecido, como si todo hubiese consistido en un pedrusco lanzado al lago y tras haber partido el agua mostrando su fondo fangoso, estuviese ahora recobrando su tersura y limpidez.

Pero Kev conocía la selva en detalles tan sutiles, que a los mismos nativos admiraba. Los disparos que habían hecho hacia el sitio donde Kev se encontraba, y que se había visto obligado a contestar, tenían una significación muy importante. A nadie más habían disparado. ¿Por qué?

Delante de donde se encontraba Kev, entre el verdor del follaje, destacó una mancha oscura. Un laosiano que se había situado al lado de Kev levantó el fusil, pero el capitán desvió el arma y el disparo se perdió en la maleza.

Casi al mismo tiempo que desviaba el tiro, dio un salto y fue a caer donde destacaba la mancha oscura.

Se trataba de un indígena, inmovilizado por el terror. Sólo iba armado de un cuchillo. Sus fuerzas parecían tan agotadas, que el peso de Kev bastó para derribarlo. Quedó cara arriba.

Sus ojos oblicuos miraban con tanta fijeza, y la expresión de su rostro permanecía tan inmóvil, que Kev tuvo la sensación de que contemplaba una estatua derribada en la maleza.

—¡Llévalo a la casa! —ordenó Kev—. ¡Está borracho de opio!

Le quitaron cuanto llevaba. Cerca de donde Cayó el laosiano encontraron un fardo. Kev contuvo con el ademán a sus subordinados, para que no se acercaran. Podía tratarse de explosivos que al menor movimiento estallasen. Aquel paquete estaba cosido con tiras de bambú retorcido.

—Debe ser un porteador —dijo Kev.

El sargento iba explorando los alrededores. Encontraron algunos cadáveres de guerrilleros, y también el de tíos porteadores, pero desprovistos ya de su carga con las cintas con que sujetaban los paquetes cortadas a cuchillo.

—Se han retirado —anunció el sargento.

—Vigilad este paquete, pero sin tocarlo. Vamos a interrogar al prisionero.

De la casa ya habían salido los cineastas. Ya en la pasarela, Kev pidió a

Pham-Tung

que preguntara al prisionero con quiénes iba.

—Dice que no lo sabe —manifestó

Pham-Tung,

después de hacerle al prisionero varias preguntas, en su difícil jerga.

—Pregúntale qué contiene el paquete.

El resultado fue negativo: nada sabía.

—¡Dile que no estamos para perder tiempo!... ¡Que él opio que le hemos quitado no lo volverá a ver, si no habla!...

Tuvieron que llevarlo al lado del paquete.

—Dice que ese fardo no es el que llevaba —tradujo Pham-Tung.

Kev hizo una mueca.

—Una forma como otra cualquiera para librarse de responsabilidades. Pero se equivoca, porque si el paquete lleva «regalo», el primer trompazo va a ser para él.

Se tendieron tras los árboles, mientras el prisionero recibía la orden de trasladar el fardo a la plazoleta que había frente al caserón.

Una vez allí, le mandaron que lo abriera. Kev permanecía atento con el fusil ametrallador en las manos, para disparar tan pronto advirtiese un movimiento sospechoso en las manos del prisionero.

El indígena se puso a descoser la lona. Apareció una caja forrada con plancha claveteada. Los cineastas, que se encontraban en la puerta del caserón, soltaron una exclamación de sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kev.

—¡Esa caja es nuestra!... —gritó el ayudante del director.

—Acérquese usted solo —indicó Kev.

Momentos después, Geiser decía:

—¡Sí! ¡Esa caja pertenece a nuestro equipo!... ¿A ver? Letra N, número 2. ¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque no contiene nada que pueda sernos útil. Todo es material de caracterización. Tarros de pintura, pelucas, coletas de chino...

—¿Para qué demonios querían ustedes coletas de chino? —replicó Kev, mordaz.

La actriz y Walter se habían acercado también.

—La caja, desde luego, es nuestra —dijo el actor—. ¿Por qué no le damos la vuelta? La cerradura está en la otra parte.

Antes de que Kev pudiera impedirlo, Geiser, con una despreocupación que a Kev y al sargento los hizo estremecerse, le dio la vuelta a la caja.

Iba el ayudante a presionar el botón que hacía funcionar las fallebas, cuando Kev le puso una mano en un hombro.

—¿Sabe ya lo que puede aparecer ahí dentro?

—¡Nuestras pelucas!...

—Y sus «coletas» —replicó Kev—. Entre usted y ese pobre diablo

abrirán la caja. Por mi parte le confieso que no siento ningún interés en averiguar lo que contiene... Apártense los demás.

Geiser, al ver que iban a dejarlo solo con el indígena, empezó a sudar.

—Hace unos momentos, todos los hombres que me acompañan se estaban jugando la vida —dijo Kev, al verlo vacilar—. Le toca ahora a uno de ustedes... Creo que al venir a Asia debieron dejar un poco de lado su formación occidental —manifestó, ahora fijándose en Emma y Walter—. Fíjense en su amigo. Ahora ya empieza a temer.

—¿Qué cree que puede contener la caja? —inquirió Walter, no decidiéndose a tomarlo en serio.

Kev se encogió de hombros.

—Suponiendo que la caja contuviera una sorpresa... —dijo Walter, mirando fijamente a Kev.

—Pues si la sorpresa es del género que yo supongo, su director tendrá que buscarse otro ayudante.

En los ojos del actor apareció un duro reproche.

—Se me ofrecieron ustedes para todo —dijo Kev.

Se volvió a mirar al porteador y a Geiser. Éste, con la camisa empapada de sudor, permanecía de rodillas, frente a la caja. El laosiano, sentado en el suelo, parecía indiferente a todo.

—¿Desiste de hacerlo? —preguntó Kev.

En aquellos momentos Geiser ganó muchos puntos en el aprecio de Kev y de todos los hombres que le acompañaban. Pese al miedo que sentía, avanzó las manos y apretó el resorte.

No llegó a abrir del todo la caja. Fue al dirigir la vista al interior que pareció quedar agarrotado.

Súbitamente soltó la tapa y con las manos crispadas, el semblante demudado, emitió un alarido. Luego se cubrió la cara.

De improviso, dando un salto, se puso de pie y echó a correr, sin parar de dar gritos.

Fue entonces cuando Kev, sin pensarlo un segundo, se dirigió a la caja y la abrió. Iba con la esperanza de que aún llegaría a tiempo de detener el estallido.

Pero apenas levantar la tapa, volvió a dejarla caer, sin intentar maniobrar en lo que pudiera haber dentro. Su rostro no expresó la más leve emoción.

Con lentitud, se puso de pie y dio una voz. Aparecieron el sargento y Pham-Tung.

—Apartad del sol esta caja.

Luego, cogiendo al prisionero, lo levantó, pareciendo que fuera a estrellarlo contra un árbol.

—¡Vas a hablar!...

Lo entregó a los indígenas para que lo interrogaran.

—¿Qué le preguntamos? —inquirió

Pham-Tung.

—¡De dónde vienen! ¡Adónde se dirigían!... Y sobre todo, con qué fin llevaban esa *carga*...

Dejó que el intérprete tradujera sus preguntas. No quiso mirar la cara del prisionero para deducir si respondía. Sabía que se enzarzarían en un largo diálogo, tan del gusto oriental.

Geiser y sus dos compañeros se encontraban en la puerta del caserón, y aquél apoyado contra el muro, se pasaba un pañuelo por la cara.

Emma y Walter le rodeaban, expectantes. Kev fue hacia ellos. Antes de que llegara, gritó

Pham-Tung:

—¡Ha hablado!

—¿Qué ha dicho?

—Sabe de dónde viene... pero no a dónde iba. Dice que unos hombres armados le obligaron a salir de su aldea para que llevara una carga... Eso es todo.

El prisionero iba a caerse de un momento a otro, bajo los efectos de la droga. En varias horas no podrían sacar partido de él.

—¡Que explique lo de la caja! ¡Que diga quién y dónde se la dieron!...

—Se lo he preguntado varias veces. Insiste en que no es el fardo que le entregaron.

Kev se acercó a los cineastas. Los tres estaban muy afectados.

—¿Ha conocido a alguien? —preguntó, dirigiéndose a Geiser.

—¡No! ¡Apenas he mirado!...

Kev se dirigió a Walter:

—Le toca a usted ahora. Venga conmigo.

—¡Yo, no!... ¡Para eso, no!...

—Alguien de ustedes tiene que hacerlo. Además, vamos a salir y no pretenderá que nos llevemos, eso...

—¡Salir de aquí, con lo que ha ocurrido!... —exclamé Geiser.

—¿Sabe, acaso, a dónde tenemos que dirigirnos? —preguntó Walter, trastornado.

—Sé solamente que el enemigo nos tiene localizados. Esa caja ha sido traída aquí con toda intención. Vamos...

Kev y Geiser echaron a andar hacia el sitio en que estaba la caja. Algo más lejos, dos laosianos cavaban la tierra...

Al ver Walter lo que hacían, balbuceó:

—¿Es para...? —Y miró la caja.

—Si usted quiere cargar con ella...

A un paso de la caja, Walter se detuvo:

—¡Y una... puede ser la de Eida!...

Kev ahogó un grito de cólera. Pero ¿de cólera contra quién? Walter, ni los otros dos cineastas podían estar complicados en aquello.

—¡No diga majaderías! ¡Abra la caja!

Los dos indígenas que se encontraban junto a la caja se apartaron con gesto de repugnancia, al tiempo que Walter se disponía a levantar la tapa.

En vez de coger la tapa con la mano, extendió una pierna y con la punta de la bota empezó a levantarla, pero Kev gritó:

—¡No es muy respetuoso que digamos!...

Walter se estremeció. Y dando el efecto de que se echaba de cabeza a la cenagosa agua que circundaba el palacio, con las dos manos levantó la tapa.

No se movió del sitio. Con ojos espantados, fijos en el interior de la caja, permaneció unos momentos inmóvil, como petrificado. El calor era asfixiante.

—¡Dese prisa! ¡Tenemos que darles sepultura! —dijo Kev—. ¿Reconoce a alguien?

Dentro había tres cabezas humanas.

Emma y Geiser, con paso de autómatas, habían ido acercándose. Los tres se quedaron inmóviles, mirando al interior, mientras Walter sostenía la tapa.

De pronto soltó y, suavemente, cual si imitara al prisionero borracho de opio, quedó tendido en el suelo. Kev se encargó de

mantener la caja abierta, para que Emma y Geiser miraran.

Las tres cabezas estaban sujetas a ganchos que antes sirvieron para mantener, inmóviles, los tarros de pintura en el interior de la caja.

Cerró y dijo a uno de los soldados:

—Entiérrenla.

Momentos después, ya a punto de partir, Kev preguntó:

—¿A ninguno han reconocido?

Emma asintió, con un movimiento de cabeza. Fue Geiser quien, mortalmente pálido, manifestó:

—Eran compañeros nuestros... Dos actores, y el ayudante del operador...

CAPÍTULO IV

—El prisionero aseguró que ése es su poblado —dijo el sargento.

El poblado era uno de tantos que se alineaban a un lado y otro del Mekong. Una agrupación de chozas, con el techo de paja, y un laberinto de embarcaciones alargadas, cubiertas la mayoría por toldos muy bajos, en forma de tubo.

—Habrá que comprobarlo —contestó Kev.

Pero al observar la posición del sol pensó que tampoco le convenía perder tiempo en averiguaciones. Sólo importaba saber si allí habían elementos armados antes de que oscureciera.

Conocía muy bien la táctica de los guerrilleros. Cuando se decidían a abandonar las cimas de las montañas, lo hacían llevando lo estrictamente necesario para dar los primeros pasos.

Luego venían los golpes de mano a cualquier convoy militar, para proveerse de armas y municiones; el asalto a los depósitos de arroz y el reclutar gente para el acarreo a las altas montañas, donde tenían sus nidos.

Kev dispuso que el grupo se dividiera en dos, por si había sorpresas. Kev se colocó en cabeza del grupo que debía seguir el río. Emma, Walter, y Geiser, permanecían como abstraídos.

—¿Cansada? —preguntó Kev, dirigiéndose a la actriz.

—Bastante.

—Tenga ánimo. El peor camino ya lo hemos pasado.

—No se preocupe, capitán. Resistiré sus marchas.

Kev, sonriendo, dijo:

—Su apariencia engaña. Es usted muy fuerte.

—He hecho mucho deporte... Pero la que verdaderamente engaña con su figura delicada, es Eida. Quien como yo la ha acompañado en sus excursiones, a caballo y a pie; y la ha visto

nadar, y bailar sin dar la menor prueba de cansancio, no tiene más que admirarse...

—¿Eran ustedes amigas?

—¡Lo somos todavía, capitán! ¿Por qué dice «eran»? —Y los ojos azules de la actriz lo miraron llenos de ansiedad.

—¡No se precipite! No he querido insinuar que a Eida pudiera haberle ocurrido algo irremediable... Era pensando en las rivalidades que la profesión suscita.

—Entre Eida y yo no hay rivalidad posible. ¡Esa muchacha vale demasiado para que nadie piense en hacerle sombra!...

Iban por un sendero que cruzaba a una franja de cuidada vegetación, sin la opulencia libre de la selva. Aparte de una construcción alargada, con tejados en forma de uve invertida, se distinguían otras casas, pero mucho más pequeñas.

El poblado quedaba atrás. El grupo que encabezaba el sargento lo estaba rodeando, alejándose del río. El de Kev marchaba remontando el Mekong.

En el mapa se definía el edificio alargado como residencia del director de una empresa minera francesa. Las minas estaban lejos e inactivas.

La finca de recreo tenía en el mapa la sigla «2-X-2».

Kev sabía que era una casa desmantelada, de muchas habitaciones.

Dio la señal de alto, para esperar al grupo del sargento. Éste venía sin el prisionero.

—Dijo verdad —explicó el sargento—. Una partida de hombres armados se dejó caer en el poblado y obligaron a algunos hombres a irse con ellos.

El sol se ocultaba deprisa. Kev escogió a cuatro soldados para que le acompañaran al interior de la finca. Los demás debían esperar, para cubrirles la retirada.

Una ancha avenida cubierta de grava partía el jardín que rodeaba la casa.

Parecía que no hubiese nadie allí. De pronto, cuando iban a desembocar en el ancho claro que había ante el edificio, sonaren dos disparos seguidos.

Las balas pasaron silbando por encima de la cabeza de Kev. Los cinco hombres se echaron a tierra. Kev se arrastró hacia una de las

orillas, y a través de los troncos del seto vivo observó la casa. Estaba seguro de que era desde uno de los ventanales, de donde habían disparado.

Con rápida mirada calculó todos los sitios donde debía apostarse, dando veloces saltos, para llegar hasta la casa. A un lado del edificio había una hilera de macizos tras los que fácilmente podía atrincherarse.

Indicó a su gente que esperara y, aprovechando una abertura del seto, salió corriendo. Al llegar al primer macizo se echó. No se oyó ningún disparo.

Se levantó y dio otra veloz carrera. Ningún otro disparo se oyó.

Iba a correr hacia la parte posterior del edificio, cuando le avisaron:

—¡Quieto, capitán! ¡No vaya por ahí!...

Alguien había saltado de detrás de un macizo, apareciendo delante de Kev.

Era Eida Raybel. Parecía menos alta, más aniñada, con aquel pantalón corto, y los calcetines a media pierna, y las rodillas desnudas. Empuñaba un rifle.

En más de una película, del «Oeste» la había visto interpretando el papel de heroína, casi adoptando la misma actitud que ahora.

La muchacha había ido retrocediendo, hasta colocarse en las gradas que formaban la entrada del edificio. Sus magníficos ojos, de un tono alabastrino, miraban severos a Kev.

De pronto parecía asomar en ellos una honda alegría, que enseguida quedaba borrada por un nuevo cambio de luz. Este desconcierto duró apenas unos segundos.

Por fin, atenazando con la mirada a Kev, permaneció sin asomos de alegría en su rostro, fría, como si nada le importase su aparición.

Kev, sin proponérselo, había adoptado un gesto duro, más bien agresivo. En dos zancadas llegó hasta ella.

—¿Que no vaya por ahí? ¿Por qué?

La artista vaciló. Kev alargó un brazo y ella se hizo atrás, creyendo que iba a cogerla. Pero lo que Kev hizo fue tocar el cañón del rifle.

—Ha disparado usted. ¿Tiraba a dar?

—¡Quería avisarles para que no se confiaran!...

—Creo que si se hubiera limitado a aparecer, como ha hecho

ahora, la cosa hubiera resultado más sencilla —comentó Kev.

La aspereza con que Kev se expresaba hizo que Eida desistiera de explicar nada. Por dos veces Kev le volvió la espalda, observando los alrededores.

De repente se volvió, mirándola con dureza.

—¡No es momento de estúpidos resquemores!... ¿Qué pasa aquí?

Eida iba a contestar volviéndole la espalda, pero se estuvo quieta.

—¡Con tantos como hay en Laos, el coronel no ha podido echar mano de otro oficial que usted!...

Sin embargo, era el que ella había deseado que apareciera.

—Soy el hombre que el momento requiere —replicó Kev, sonriendo en son de burla—. ¿Empieza a darme la razón? Me refiero a lo que le dije en Honolulu. Esta expedición era absurda...

—¡Yo no lo creo así! ¡Hasta ahora sólo hemos tenido una espantada!...

—¿Nada más? ¿Dónde están los otros?

—Salieron a media tarde. Regresarán de un momento a otro. Es raro que ustedes no se hayan encontrado con ellos. Se dirigieron al río.

—¿Nadie hay dentro de la casa?

La puerta se abrió y apareció un hombre rubio, muy delgado, con un brazo en cabestrillo.

—Me llamo Tom Billings.

—Tanto gusto... ¿Dónde está Wesler?

—¡Ya le he dicho que se han encaminado al río! —contestó la muchacha—. ¡Este mediodía hemos tenido la visita de los guerrilleros!

—¿Cuántas personas del grupo hay aquí?

—El señor Wesler, el operador Norken... y algunos indígenas —contestó Billings.

—¿Todavía han quedado indígenas a su servicio? Una «fidelidad» muy digna de premio —comentó Kev, mordaz.

—¿Y por qué, capitán? —preguntó una voz nueva, apareciendo precisamente por el sitio que Eida había prohibido a Kev.

Era un individuo corpulento, de cara ancha y rasgos duros. Vestía traje de explorador, con las mangas de la camisa arremangadas hasta más arriba de los codos. Sus brazos nervudos y

negros mostraban arañazos. Al hombro llevaba un riñe idéntico al de Eida.

Kev permaneció unos instantes mirando al recién aparecido y desde el primer momento le chocó su forma de sostener la mirada. Era como si enfocase con unos prismáticos.

Más allá, por el sitio en que había aparecido éste, se veían indígenas, y en medio de ellos, a Barry Wesler.

—¿Quién es usted? —preguntó Kev.

—Max Norken.

—El «genio» de la cámara —comentó Kev—. ¿Vienen de estudiar el paisaje?

—¿Si fuera así?... —inquirió Norken, desafiante.

—Resultaría bien fuera de lo normal, ocuparse de panorámicas, cuando el equipo está siendo triturado por la selva.

Kev se interrumpió, para fijarse en el brazo del actor Billings.

Eida se había quitado el sombrero de tela y se esponjaba la cabellera, negra y rizada. Pronto oscurecería.

Kev no creyó oportuno decir nada todavía de lo que había ocurrido con los tres componentes del grupo descuartizado, aparte de los tres que llevaba atrás.

—Acompañenme a recorrer la casa. Tendremos que pernoctar aquí —dijo Kev.

—¡Oh, no! —exclamó Eida—. ¡El coronel Cowan me ha dado a entender que saldríamos para la base esta misma noche!...

Antes de que Kev pudiera decir nada, Norken se echó sobre ella.

—¿Cuándo ha hablado usted con él?

—Hace apenas media hora...

Los ojos de Norken se llenaron de fuego.

—¡Luego ha tocado la emisora! —prorrumpió, ronco, y volviéndose de cara a Billings—: ¡Y tú la has ayudado!...

Dio unos pasos hacia el extremo del edificio, para salir al encuentro del director.

—¿Ha oído, Wesler? ¡Eida no ha hecho caso de su prohibición!...

Ahora fue Kev quien no dio tiempo a nadie. Antes de que Barry Wesler tomara la palabra, preguntó:

—¿Por qué diablos prohíbe que accionen la emisora?...

—¡Es cuenta nuestra! —gritó Wesler, corriendo hacia Kev.

—Hace días que llegó al puesto una llamada incompleta —dijo Kev, dispuesto a no descuidar los movimientos que Wesler o Norken hicieran—. Y hemos gastado mucha batería tratando de comunicar con ustedes... ¿Por qué ese silencio?

Atenazaba a los dos con la mirada. Norken fue el primero que pareció afectado.

—El señor Wesler opina que sólo podía orientar al enemigo...

—¡Ya le notifiqué al coronel Cowan los sitios en que pararíamos! —rugió Wesler—. ¡Esta finca es uno de los puntos señalados! ¡Aquí han de venir «verdaderos soldados», no entrometidos como usted!... ¿A qué viene? ¿A qué?... ¡Sé muy bien que usted no pertenece al Ejército! ¡El coronel me dio su palabra de honor!... ¡Usted viene a husmear!... ¿Y sabe lo que le va a ocurrir ahora?...

Kev la emprendió a puñetazos con. Wesler. Cuando el director se desplomó de espaldas contra la escalera, Norken dio un salto.

—¡A ver si conmigo...!

Al tercer puñetazo de Kev, Norken empezó a tambalearse. Kev, como si nada hubiera ocurrido, les volvió la espalda y levantó un brazo.

Eida había permanecido inexpresiva, como si todo cuanto ocurría le fuera indiferente. Pero al ver la naturalidad con que Kev les volvía la espalda, recordó lo ocurrido en el *hall* del hotel de Honolulu, y el beso, en plena calle. Y todo, manteniendo Kev un gran dominio sobre sí mismo, y sobre los demás.

Se disponía la joven a hacer un comentario que le obligara a volverse, cuando vio que, a la señal de Kev, irrumpían de detrás del seto cuatro soldados laosianos, armados de fusil ametrallador.

—Son soldados de veras —advirtió Kev.

Les ordenó en inglés que dispararan contra cualquiera que levantara un arma. Sabiendo que todos le habían entendido, se volvió de cara a la escalinata, donde todavía se hallaba tendido Barry Wesler.

Max Norken, a pesar de haber recibido golpes más duros, ya estaba levantándose.

—Y ahora, por si no lo saben, con nosotros vienen tres compañeros de ustedes.

Al decir el nombre de Emma, la muchacha lanzó un grito de alegría y bajó la escalera, colocándose delante de Kev,

transfigurada.

—¿Dónde está?

—Aguardando que de la señal de que aquí no hay peligro...

—¿Y qué espera?

—¿De veras no hay «peligro»? —preguntó, incisivo.

Pero Eida no le entendió. Max Norken, sí.

—¡Oiga!... Me habían dicho que usted era el periodista que nos insultó...

—Algo hay de cierto. Pero ahora no es momento de hablar de ello —contestó Kev.

—¡Opino lo mismo!... ¡Me importa un comino quién sea usted... y hasta le perdono los golpes... con tal de que sea cierto que Emma está a salvo!...

Minutos más tarde lo comprobaba. A la señal que dio Kev, acudió el sargento, que ya no podía aguardar más. Él se encargó de acompañar a Eida y a Norken adonde aguardaban los tres compañeros.

Las dos mujeres se abrazaron, llorando. Geiser y Walter estrecharon la mano de Norken.

Ninguno habló de lo ocurrido a los tres compañeros. Era algo convenido con Kev. Primero tenían que averiguar qué había ocurrido al grupo que encabezaba Wesler.

Cuando llegaron a la casa las dos mujeres, Barry Wesler ya se había levantado. Los cuatro soldados laosianos seguían vigilando a los indígenas situados a un lado de la casa.

—Hay que desarmarlos —indicó Kev, cuando el resto del grupo apareció.

Barry Wesler, que en aquel momento estaba saludando a Emma, se volvió, frenético:

—¿Desarmarlos? ¿Por qué?

—Porque lo considero conveniente...

—¡Usted es un civil y no puede!...

—¡Es nuestro capitán! —dijo el sargento Kessel—. ¡Y no discuta!... Es un buen consejo.

Todos los indígenas entregaron las armas. En la casa encendieron luces y Kev recorrió todos los departamentos.

Le acompañaban Billings y Norken. Éste, por momentos, parecía más inclinado a su favor. Todo porque había protegido a Emma, por

quien sentía una gran devoción, desde cuando ella empezó a brillar en el cine.

No había muebles, pero sí provisiones y mantas.

—¿Han salvado algo del equipo? —preguntó Kev, sin parecer muy interesado.

—¡Oh, sí! ¡El material de trabajo se ha salvado todo! —contestó Norken.

—¿Dónde lo tienen?

—Abajo, en los sótanos.

Kev no volvió a hablar de ello, por lo menos hasta más tarde. Se encargó de distribuir las guardias, dentro y fuera de la casa.

Ya cerrada la noche, Kev y el sargento se acercaron al sitio donde habían dejado al actor Billings. Les inspiraba confianza.

—Ahora lo relevarán. No debió hacer guardia. Está herido...

—Y todos ustedes muy cansados —contestó el actor.

—Tanto el sargento como yo, creemos que debernos confiar en usted... No sé si habrá advertido que el peligro no viene todo de la selva.

Billings, tras un silencio, murmuró:

—Sí... Entre nosotros suceden cosas demasiado raras...

—¿Cómo fue el separarse?

—Nos esparcimos, al asaltarnos unos guerrilleros... Eida y yo íbamos juntos, cuando aparecieron ante nosotros el señor Wesler y Norken.

—¿Nadie más? Digo de la Compañía.

—Nadie más.

—Y pese a la espantada... el equipo se salvó —señaló Kev.

—Iba delante.

—¿Confiado a los indígenas? ¿Ni Wesler ni Norken temieron que al primer momento de confusión desaparecieran?

—El señor Wesler dice que es gente de confianza.

—Yo me fío de los soldados que nos acompañan, porque los liemos probado en distintas ocasiones. Pero ninguno de ustedes ha estado en Laos, que yo sepa... En fin, vamos a lo que importa: ¿consiguieron establecer comunicación con el puesto del coronel Cowan?

—Sí...

—¿Qué les dijo?

—Que si podíamos resistir aquí, que les aguardáramos.

—¿Al coronel o a mí?

—A los dos. Él le dijo a Eida que usted posiblemente aparecería primero, y que nos convenía hacerle caso, y que ya se liquidarían cuentas... Eida se puso hecha un demonio, pero luego comentó: «Haremos eso. Aceptaremos la ayuda, aunque venga del diablo». Ella estaba confiada en que usted dispondría la salida para esta noche...

—Mañana veremos. ¿Sabe si por aquí hay lanchas?

—¡Sí, las hay! Este mediodía estaban en el embarcadero situado frente a esta casa...

—¿Cuántas?

—Ocho o diez, no lo sé cierto.

Tras un silencio, dijo Kev:

—Váyase con el sargento. Yo me quedaré de guardia hasta que el sargento envíe el relevo.

Apenas quedar solo, se dispuso a cruzar la plazoleta que había delante de la casa. Sobre la masa compacta que en torno al edificio formaba la exuberante vegetación, destacaban algunos árboles, sobre un fondo levemente azul, cuajado de estrellas.

Una fugaz sombra se deslizó por el macizo cercano a Kev. Éste levantó el fusil ametrallador y dio el alto.

Pero la sombra, tras quedar unos segundos como incrustada en el macizo, saltó y emprendió la carrera.

El primer disparo lo hizo intencionadamente alto. La sombra aceleró, y Kev apretó de nuevo el gatillo, ahora tirando a dar.

Se oyó un golpe sordo contra la grava del sendero. Kev corrió allí. En la casa, empezaron a aparecer luces. Varios soldados acudieron por distintos sitios.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó el sargento, corriendo hacia el sitio en que estaba Kev inclinado sobre el cadáver, enfocándolo con una lámpara automática.

Era un laosiano, con indumentaria civil. Junto al muerto había un arma de fuego y en la cintura un cuchillo envainado en un tubo de bambú.

Kev indicó al sargento que lo recogieran y lo llevaran a una habitación de la parte trasera de la casa.

Se encaminó a la escalinata. En la puerta principal se veían

varias figuras. Entre ellas estaba Eida.

—¡Wesler! ¿Dónde está? —preguntó Kev, ásperamente.

—¡Estoy aquí, capitán! —En el tono de Barry Wesler asomaba más miedo que ironía.

Kev saltó a la terraza y cuando se vio ante Wesler, lo agarró del pecho.

—¡A partir de ahora, usted será el responsable de cualquier arma que encontremos entre los indígenas!

—¿A mí qué demonios? —prorrumpió Wesler.

—¡Tenga esto en cuenta, Wesler: hasta que lleguemos a la base, guárdese de desobedecerme!

—¡Usted no tiene ningún derecho sobre mí!

—Eso ya lo discutiremos cuando todos nos encontremos a salvo. De momento, hay un grupo de soldados que salieron de la base por socorrerles a ustedes.

—¡Yo no pedí ninguna ayuda!...

—¿De veras? ¿Quiere decir que la consideraba innecesaria?

—¡Eso mismo!

Bajó una mano, la derecha, para empuñar el revólver. Kev esperó a que desenfundara. Eida, que estaba muy cerca de los dos hizo un movimiento de alarma.

—¡Eso no, señor Wesler!...

—No se preocupe —dijo Kev—. Este hombre no disparará teniendo a tantos testigos. Confiará esa misión a cualquier indígena.

—¡Usted me provoca, Burgan, y esto lo va a lamentar!

Kev tenía presente que los únicos disparos que el enemigo hizo estando en las inmediaciones del palacio fueron dirigidos a él.

—Mientras pueda lamentarlo, buen síntoma —replicó Kev, mordaz.

Esperó a que Wesler se decidiera a desenfundar. El director retiró la mano y se volvió de espaldas bruscamente, dispuesto a meterse en la casa.

—Todavía no hemos terminado, Wesler... Hay algo que quiero que oigan todos sus compañeros.

—¡Yo no le escucharé!...

—Verá como sí.

Cuantos había en la puerta se apartaron para dejarles paso. Primero entró Barry Wesler, rugiendo. A continuación, Kev. Con

una mano indicó a cuantos había en la terraza que les siguieran.

Ya todos en una misma habitación, Kev dijo:

—Wesler asegura que todavía es innecesaria cualquier ayuda...

—¡De usted no queremos nada! ¡Usted viene aquí para hacernos fracasar! —vociferó Wesler, con ojos llenos de odio—. ¡Eida! ¡Hace un momento usted parecía contra mí!... ¡Diga ahora, delante de sus compañeros, de qué lado se coloca!...

Eida Raybel miró fríamente a su director.

—Mi resentimiento con este hombre debe dejarse para cuando nos encontremos a salvo...

—¿Pero es que no lo comprende, Eida? ¡Este individuo viene dispuesto a hundirnos!...

—¿Qué interés puede tener en que fracasemos?

—¡Tengo muchos enemigos! ¡Muchos que habían respirado, creyéndome totalmente vencido! ¡Pero en esta película me verán más fuerte que nunca!...

Mientras hablaba, parecía que una poderosa droga ejerciese en su organismo una gran transformación. Sus ojos miraban lejos, a cosas y seres que no tenía delante. En su cara iba apareciendo un gesto de triunfo, una demoníaca alegría.

—¡Barry Wesler será otra vez el amo! —¡Barry Wesler es único!... ¡Han de seguir contando conmigo!...

Eida miró al director y enseguida a Kev. La muchacha tenía un gesto de tristeza.

—¡Y usted, Eida, si no se coloca con fe a mi lado... la hundiré! —Siguió Wesler—. ¡Aquí hay quien sabe que puedo hacerlo!...

Miró de pasada a Emma Datner, la mujer de cabellos grises. La actriz inclinó la cabeza, huyendo la mirada de todos.

Detrás de Barry Wesler se encontraba el operador Max Norken. La alusión que acababa de hacer a Emma, la que un día fue gran estrella, le surtió el efecto de un mazazo en la nuca. Durante unos instantes estuvo como aturdido también con la cabeza inclinada. Pero poco a poco fue reponiéndose, y levantando la cabeza.

Kev, haciendo ver que estaba solamente atento a lo que decía Wesler, observaba a todos. Ya hacía rato que se había dado cuenta de la devoción que Norken sentía por la actriz en decadencia.

Al levantar la cara, en el rostro de Norken había un gesto impresionante: un odio frío, inexorable, hacia el director. Duró este

gesto unos segundos, pero fue suficiente para que Kev lo captara.

El silencio en que todos habían quedado fue interpretado por Wesler como sumisión por temor, y siguió:

—¡Todos dependen de mí!...

—¿También yo? —preguntó Kev, con sorna.

—¡Usted cobra de mis enemigos!... ¡Ése es el motivo que lo ha hecho venir!

—Puede haber otro motivo.

Barry Wesler sacudió los hombros, como signo de alarma.

—¿Otro motivo? —Wesler contrajo el rostro, y entornó los ojos, taladrando con la mirada la frente de Kev—. ¿Qué otro motivo?

Kev se dio cuenta de que el director le temía. El recelo de que el periodista le estuviese siguiendo para descubrir el secreto de aquella expedición asomaba en los ojos de Wesler.

Comprendió Kev que ya había dicho demasiado, y se dispuso a dar un viraje. Con gran, naturalidad, se volvió y señaló a Eida.

—He ahí el motivo... Nunca he visto a una muchacha más bella. Y sé que usted puede destruirla...

Eida, cogida de sorpresa, quedó unos momentos desconcertada. De pronto se enderezó, con los ojos relampagueantes.

—¡Le estaba ya tomando en serio, capitán!...

—Y debe tomarme en serio. Le advertí que correría graves peligros, y no quiso escucharme. Bien: ya ve que tenía razón...

—¡Aquí nada ha ocurrido todavía! —gritó Wesler.

—¡Sargento! —llamó Kev.

—Diga, capitán —el sargento Kessel se colocó al lado de Kev.

—¿Ha cacheado a todos los indígenas?

—Sí. Y los hemos encerrado.

—¡Aquí nos hemos convertido en prisioneros! —exclamó Wesler, sardónico.

—Si con razonamientos no obedecen, no tenemos más remedio que emplear la fuerza. Cuando estemos todos a salvo...

—¡Eida! ¿Le oye usted? ¡Le exijo que le de la respuesta que merece!

—¿Y si ahora me limito a obedecer lo que este hombre y el sargento digan? —preguntó Eida, mirándole de frente.

—¿Quiere decir que se insubordina? —preguntó sordamente Wesler, dando la impresión de que iba a saltar sobre ella.

Eida se mantuvo impávida.

—Sabe que no tolero amenazas, señor Wesler...

—¡Se acabó, Eida Raybel...! ¡No quedará de usted ni el recuerdo...!

Eida se volvió y señaló a la actriz de cabellos grises.

—Como le ocurrió a Emma... Pero conmigo va usted a fallar. ¡Usted no es más que un loco! ¡Y en mala hora Armé su contrato...!

Barry Wesler soltó una carcajada.

—¡Rebélense todos...! ¡Les obliga el contrato a seguirme por donde yo vaya! ¡Todos tendrán que seguirme...!

—Algunos ya no le seguirán, Wesler —intervine Kev—: Dígales, sargento, de qué forma *han escavado* tres de la compañía.

Y Kev se retiró a la terraza, mientras el sargento refería el macabro hallazgo en la caja de maquillaje.

CAPÍTULO V

Amaneciendo, el sargento entró en la habitación donde estaba Kev, con la emisora.

—¿Cómo encajaron la noticia?

—Eida lloró unos momentos, abrazada a Emma, y las dos se retiraron.

—¿Qué hizo Wesler?

—Quedó blanco. Tuvo que apoyarse contra una pared... Parece que en realidad no sabía nada.

—Puede que ignorase que se les había dado esa clase de muerte. Pero tengo la convicción de que Wesler los tenía señalados como sobrantes del grupo...

—Pero ¿por qué? Nadie le obligaba a traerlos.

—Quizá han resultado peligrosos una vez en la selva. Han podido sorprender algo que comprometía al jefe del grupo...

Siguió un silencio, mientras Kev cerraba la emisora, con la que acababa de manipular.

—¿Qué cree usted que hay en todo esto? —preguntó el sargento.

—Los bártulos del equipo se prestan para buenos escondites. El material fotográfico, herméticamente cerrado...

—¡Válgame el diablo! ¡Podía ser que transportaran opio! Pero ¿a cambio de qué? Si es armas, serían muy pocas.

—Wesler puede haber traído divisas... O puede no haber traído nada. Quien paga la «mercancía» puede estar haciendo la operación desde sitio seguro, desde Los Ángeles mismo.

El sargento empezó a mover las orejas. Luego levantó la punta de la nariz, como husmeando lejos.

—¡En los sótanos tienen el equipo!

—No hay que tocar nada... Tan pronto se haga de día

someteremos a Wesler a una prueba. He comunicado con el coronel...

—¿Usted? ¡Ay mi sangre, qué perrerías le habrá dicho!

—Estaba muy «blando». El inspector Howland debe haberlo suavizado. Hay que ver esas lanchas, tan pronto claree. El coronel nos espera en el blocao

«5-L-3».

—¡Atiza! ¡Ni que lo hubiera hecho a propósito!

Y el sargento soltó la carcajada. Ese blocao estuvo al mando de Kev durante un par de meses. Por decisión de los superiores, lo abandonaron sin lucha, y allí quedaron muchas fortificaciones trazadas por Kev, que fueron motivo de censuras por parte del coronel Cowan.

Mientras el sargento se iba a inspeccionar las lanchas, Kev comunicaba a los cineastas que aquella mañana partirían.

—Mientras podamos, utilizaremos el río.

Todos estaban en la terraza. Los ojos de Eida tenían aquella mañana un brillo que deslumbraba. Podía ser ira, o simplemente excitación por todo lo que estaba ocurriendo, pero esa luz febril de sus ojos contrastaba con la tranquilidad con que se comportaba.

—¿Podemos llevar armas? —preguntó a Kev.

—¿Por qué no?

—Gracias.

Se metió en la casa y momentos después salía, con dos cintos en la mano. Dio uno a Emma y el otro se lo abrochó Eida. El revólver quedó asentado sobre la curva de la cadera derecha. El pantalón corto dejaba apreciar sus finas piernas, doradas por el sol. Llevaba una camisa caqui, con dos bolsillos pequeños que señalaban la altivez de su juvenil busto.

Kev aparentaba estar atento a lo que efectuaban las dos mujeres, pero no dejaba de observar a Wesler, ni tampoco a Max Norken.

Después de cuchichear unos momentos con el operador, Wesler se acercó a Kev.

—Está bien. Reconozco que he fracasado... Me resigno a que nos marchemos. ¿Qué va a ser del equipo?

—Lo llevaremos a las lanchas.

Wesler respiró. Pero enseguida rehuyó la mirada de Kev.

—Todo esto se aclarará cuando lleguemos a Vientiane —dijo

Wesler—. Es indudable que entre los indígenas había algún enlace de los guerrilleros...

—Es posible. Pero en este caso no era necesario que ninguno de los que iban con ustedes estuviese en connivencia con los guerrilleros. Esta expedición ha tenido demasiada publicidad...

—¡Y se atreve a decirlo! —rugió Wesler.

—Sobre mis reportajes, ya hablaremos a su debido tiempo. Todos los periódicos del mundo han hablado de esta expedición, aun antes de salir de Los Ángeles.

—¡Yo no he alentado esa publicidad!

—¡Y qué importa! Usted siempre es noticia... Los guerrilleros, apresándoles a todos ustedes, tenían un buen rescate.

Barry Wesler empezó a tranquilizarse, al ver qué Kev enfocaba el asunto desde un ángulo inofensivo.

—Sí, tiene usted razón. Emprendimos este viaje un poco demasiado alegremente —aceptó Wesler.

Esa actitud contemporalizadora extrañó a todos los que le conocían a fondo. Y lo miraron, perplejos.

El sargento llegó con la noticia de que había ocho lanchas en buenas condiciones.

—¿Y qué haremos con los indígenas? —preguntó Wesler.

—Vendrán con nosotros. Cuando dejemos las lanchas tendrán que cargar con sus fardos —contestó Kev.

* * *

Teniendo inmediatamente detrás a las dos mujeres, a Walter y a Billings, quien seguía con el brazo inmovilizado, Kev se encaminó al río. Las lanchas ya estaban preparadas.

Poco después apareció Wesler, seguido de Norken, los peones, cargados con cajas semejantes a las del macabro contenido, y por último, Geiser y los soldados que quedaban del grupo.

A toda prisa procedieron al embarque. En una choza próxima al río encontraron elementos para preparar una almadía.

Los indígenas actuaron con gran rapidez y habilidad. Hincharon los pellejos que servían de flotadores y, ya preparada la almadía, cargaron sobre ella varios paquetes.

El Mekong mantenía unas aguas bajas y lentas, por cuya razón la

operación de embarque no resultó dificultosa.

La lancha de la cual Kev se hizo cargo, fue elegida por Eida.

—¿Podemos ir con usted, Emma y yo?

Kev asintió con un movimiento de cabeza. Luego:

—Pero olvídense de las armas en tanto yo no les recuerde que las llevan.

—Estamos todos en plan de obedecerle, «capitán» —contestó Eida, mirándole de frente, haciendo asomar a los jugosos labios una sonrisa burlona.

—Diga lo que piensa.

—Que ojalá fuera usted tan buen periodista como es buen capitán. Para que lo admire un perro viejo como el sargento.

Kev se echó a reír.

—¿No le habló de mí el coronel?

—¡No hablamos de usted! —replicó, rápida, con mucha pasión—. Tuve el buen gusto de «olvidar» ante el coronel todos los penosos incidentes que me ocurrieron con usted.

—¿Incluso el de la calle, en Vientiane? —preguntó, volviéndose de cara a la lancha.

—¡Estúpido...! ¿Con eso quiere decir que no suba a su lancha? —prorrumpió Eida, frenética.

Todos se habían quedado mirándoles. Kev se volvió, y quedó de espaldas a Wesler, quien les observaba con mayor intensidad.

—No sea chiquilla... ¿No se da cuenta de que hay que romper este aire de recelo? Importa que crean que es sólo usted lo que me interesa.

Lo dijo muy bajo, y muy rápido, rogándole con la mirada que le secundara. Eida quedó seria. Luego, haciendo un gracioso mohín:

—Bien... Pero no se vuelva demasiado molesto con su «interés» hacia mí.

Saltó a la lancha. Emma subió a continuación. Lo había oído todo, y permanecía inexpresiva.

Kev sabía que podía confiar en ella, lo mismo que en Billings. Éste también se quedó en la lancha de Kev.

Quiso subir Walter, pero fue Eida quien lo rechazó, diciendo, humorística:

—Conténtate con el papel de comparsa, Walter. El capitán no consiente competencias en su «rol» de protagonista.

—Desde luego que no —dijo Kev.

En los últimos momentos, Barry Wesler había estado dudando en seguirles. Fue precisamente la furia de Eida ante la evidencia de que Kev vivía obsesionado por la bella muchacha, lo que le decidió a seguirles.

Unas horas más tarde oyeron disparos en el interior de la selva, pero no vieron a nadie.

A media tarde llegaron al sitio donde tenían que desembarcar. Se internaron en la espesura, después de asegurar las embarcaciones en un meandro.

Al meterse en la selva, Kev procuró que los peones quedaran en medio de la fila.

Marchaban deprisa. Kev había captado una llamada del blocao en la que se les apremiaba para que estuviesen en la posición antes de que oscureciese.

Tal vez los guerrilleros acudían a aquel sector para asestar algunos golpes, pero Kev confiaba en que no sufrirían ningún ataque de importancia, si lo que él pensaba que contenían las cajas era cierto.

Pensaba que Barry Wesler sólo era un instrumento de quien se encontraba en lugar seguro, en Los Ángeles o en cualquier otra gran ciudad de Norteamérica. Alguien que se había valido de la obsesión de Barry Wesler por recobrar su poder como tirano del cine. Si era así, las cajas tendrían paso libre en la selva, como tendrían un trato de favor en las aduanas, hasta llegar a los estudios de Hollywood.

Durante las horas de marcha, tuvo el presentimiento de que les seguían. Kev impuso una dura disciplina a todo el grupo. No se toleraba el más leve susurro ni el menor descanso.

Ya doblada la medianoche llegaron al blocao. Les estaban esperando. El mismo coronel Cowan les salió al encuentro.

—¿Por qué demonios han tardado tanto? —gritó, colérico.

Se encaraba con Kev. Éste le conocía muy bien y sabía que aunque nada hubiese que censurar, lo haría, por el prurito de hacer sentir su autoridad sobre quienes le rodeaban. Y más todavía, teniendo a una mujer como Eida presente.

—¿Por qué demonios, en vez de gritar, no ha gastado energías yendo a nuestro encuentro? —contestó Kev.

Produjo estupor, incluso en el sargento Kessel, que sabía la

forma de reaccionar de Kev.

—¿Cómo dice? —inquirió Cowan, aturdido.

Kev indicó a los porteadores que iban llegando, y al grupo de cineastas.

—Personas y carga quedan desde este momento bajo su responsabilidad —y se frotó las manos, para dejar subrayado que él, a partir de ese momento, se consideraba libre de toda carga.

—¡Hurgan! ¡No empecemos como siempre! ¿Sabe que me siento más reconciliado con la vida desde que lo perdí de vista?

—Lo mismo me ocurre a mí —contestó Kev.

—Yo le he preguntado por qué han tardado tanto... ¿Sabe el riesgo que han corrido?

—Tengo una ligera idea. Pero si usted sabe el sitio en que nos encontrábamos anoche, medite un poco y comprenderá que no hemos podido llegar antes.

Todos estaban ahogándose, a consecuencia de la dura marcha que habían llevado, desde el río. El coronel lo reconoció.

—Es cierto... Y como no me duelen prendas, le pido disculpas. Pero aquí estábamos muy inquietos... Se concentran partidas de guerrilleros por estos alrededores. Es muy extraño que no les hayan atacado.

A toda prisa procuraron acomodar al grupo de cine, y a los porteadores. Por momentos, el coronel se mostraba más satisfecho.

—¡Ha llegado la ocasión que usted esperaba, cuando mandaba este sector! ¡Sus defensas van a tener alguna utilidad!

El túnel que Kev mandó excavar, servía ahora de refugio al elemento civil.

Sonaron algunas ráfagas de ametralladora. Kev permaneció quieto, escuchando atentamente.

—¿Empiezan ahora?

—Los disparos, sí... Pero, desde esta tarde, en que comenzamos a observarlo, no cesan de pasar grupos que se internan en las arboledas del Sur y el Oeste. De ahí mi impaciencia por que llegaran...

Marchó a hablar con Wesler y las dos mujeres. El sargento Kessel se acercó a Kev.

—Hay que llevar cuidado —dijo el sargento—. Los soldados me dicen que el jefe, está con ganas de lucirse.

—Ya lo sé —contestó Kev, sonriendo humorístico.

En el blocao había una mujer bellísima con la que millones de hombres soñaban. Aparte, el coronel sabía que Kev nunca lo había admirado por sus dotes de mando. Era el momento de dar una prueba de su capacidad.

—¡Burgan! ¡Venga aquí! —llamó el coronel, desde la puerta de su tienda.

—¿Más reproches?

—Cuando pase esto, tal vez haya algo más que reproches. Parece que ha abusado usted de la situación.

—¿En qué sentido?

—¡Ha estado usted molestando en todo momento a la señorita Eida!

—¿Cómo lo sabe?

—¡Ella acaba de decírmelo!

Durante la marcha desde el río al blocao, Eida había ido junto a Kev, sin que él la molestara una sola vez.

Se disponía a contestar Kev, cuando Eida surgió de la oscuridad.

—El coronel ha dicho bien al asegurar que la selva transforma a los hombres —dijo Eida, con tono sardónico—. Tal vez lejos de aquí, usted sea un caballero, Burgan...

¿Qué era aquello? ¿Secundaba su plan, o metía cizaña para tomar la revancha?

—No sé qué decirle, Eida. Cuando nos tropezamos lejos de la selva, usted no parecía precisamente una dama, ni yo un caballero...

En la penumbra brillaron los ojos de Eida, como cuchillos.

—¡Le pegué por su insolencia!

—La besé por su belleza.

El coronel miraba a los dos, un poco desconcertado.

Le alegraba que no congeniaran, pero advertía algo muy extraño en aquella inquina, en un momento en que estaban rodeados de enemigos.

—Le ruego, coronel, que tan pronto pueda nos saque de aquí..., sobre todo, del área donde se encuentra este hombre —manifestó Eida.

—Se hará como usted desea, señorita. Ahora vuelva con su amiga, y no se muevan del refugio que les hemos destinado, oigan

lo que oigan.

—Sí, coronel.

Al ir a marcharse, Eida pasó rozando a Kev. Creyó sentir una mano de ella tocándole el brazo, como transmitiéndole una consigna. Alguien debía andar cerca, escuchándoles. Era por eso por lo que ella había adoptado aquella actitud agresiva.

Pensó en Barry Wesler. Desde que llegaron, no había hecho otra cosa que ocuparse de la instalación de los bártulos.

—Es preciosa, pero es un erizo.

—¡Déjela en paz! —exclamó el coronel, cada vez más contento de que ella y Kev resultaran incompatibles—. ¿Está usted aquí para ayudarme, o para crearme dificultades?

—Para ayudarle, desde luego. Va también mi pellejo... —Y bajando la voz—: ¿Quiere que compruebe si los porteadores están suficientemente vigilados?

—¡Déjese de tonterías! Han quedado con el equipo de cine.

—Le advierto que no he tenido tiempo de averiguar el contenido de esas cajas.

Verdaderamente el coronel estaba muy contento. Nunca lo había visto Kev reír con tanta gana.

—¿Es que teme otro «hallazgo» como el de marras?

—Parece que no le ha afectado mucho el hallazgo de las tres cabezas...

—¡Me ha afectado! Pero nada remediamos poniendo cara de entierro... ¿Usted qué quiere hacer?

—Tengo ya mi fusil. Indíqueme la posición que debo ocupar.

—Usted conoce mejor que nadie este blocao, puesto que aquí desarrolló todo un curso de pico y pala... No es un reproche. Ahora nos van a servir sus trincheras. Colóquese donde crea que pueda ser más útil...

Su voz quedó ahogada por una formidable detonación. Tembló el suelo y un cuchillazo de viento levantó cuantos papeles había sobre la mesa de campaña.

En seguida se produjo otro estallido. Y otro más. Un lado del blocao presentaba una espesa cortina de humo y tierra.

—¡Ha sido en las cuevas de las municiones! —exclamó el coronel.

Varios soldados se pusieron a disparar contra sombras que se

perdían en la selva.

—¡Un sabotaje! —explicó más tarde el sargento—. ¡Metieron una de las cajas en la cueva de las municiones!

De eso, Barry Wesler no parecía saber nada. Fue quien más impresionado quedó. Y quien corrió más riesgo, pues se encontraba muy cerca del lugar de la explosión. Cayó a tierra, y cuando quiso levantarse, no pudo, pues tenía una pierna apresada por unos cuantos pedruscos.

A partir de aquel momento, se desencadenó un nutrido tiroteo que se mantuvo durante horas. La selva se había llenado de luciérnagas borrachas, que irrumpían saltando y dando tumbos. No se producían nunca dos llamaradas seguidas en un mismo sitio.

Kev sólo se ocupó de las dos mujeres. Acudió a la chabola donde acababa de oírlas gritar.

—¡Sigan ahí, y al primero que les parezca sospechoso, dispárenle!

Eida empuñaba un rifle, con el que acababa de disparar contra un indígena. Estaba en el suelo, todavía empuñando un largo cuchillo.

Eida le indicó con el gesto la parte donde más humo había.

—¡Agáchese más! —dijo Eida.

Kev saltó al interior de la cabaña, empujándolas. Varios proyectiles mordieron el techo y la pared del fondo. Por distintos sitios fueron apareciendo soldados, arrastrándose.

—¡Capitán! ¡El coronel está herido! ¡Le llama!

Era el sargento Kessel. En el blocao había dos tenientes pero no estaban avezados en la lucha contra los guerrilleros.

—¡Vengan conmigo! —dijo Kev a las dos mujeres—. De lo contrario, no me moveré de aquí.

—Su deber... —empezó Eida.

—¿Mi deber? Creo que le he dicho que es estar a su lado. ¿Todavía no se ha enterado?

Uno de los tenientes acudió, corriendo, llamando a voces a Kev.

—¡El enemigo se está infiltrando! ¡El coronel quiere que vaya!

—¡Bien, teniente! ¡Hágase cargo de estas dos señoritas! Condúzcalas hasta donde esté el coronel... Ellas le curarán.

Corrió al lado del coronel Cowan. Lo encontró sentado, con el pecho lleno de sangre, rodeado de subordinados, maldiciendo por la

tardanza de Kev.

—¡Bárralos, Burgan! ¡Usted sabe cómo hacerlo!

—Me contentaré con sostenerlos esta noche... Mañana, de día, ya será otra cosa —contestó Kev.

A cuantos soldados encontró en el camino les mandó que le siguieran. Ya en la cueva donde estaba la centralilla, fue llamando a todas las avanzadillas, pero de algunas no obtuvo respuesta.

Uno tras otro, llamó a todos los puntos vitales. Cuando tuvo idea de la situación, mandó el repliegue, formando un círculo más estrecho, pero más fuerte.

Poco a poco, las piezas fueron ajustándose, y el enemigo desistió de seguir atacando.

Cuando Kev encontró un respiro, se acercó al túnel, donde se había instalado la enfermería. Encontró a Emma, lavando la cara del coronel. En la entrada se encontraba Eida, con un fusil en las manos.

En el fondo del túnel estaban los demás actores y Geiser. Faltaba Norken. Barry Wesler estaba tendido, con la pierna herida.

—Creo que debían fusilarnos a todos —manifestó Eida, en un momento en que quedó a solas con Kev.

—¿A esa conclusión ha llegado? ¿Por qué?

La muchacha parecía muy deprimida. Pero en vano pidió Kev que le explicara qué había ocurrido entre ellos.

Fue más tarde, al preguntar por Norken, cuando el sargento Kessel dijo:

—Quería matar a Wesler. Por suerte estábamos el teniente Brice y yo en la boca del túnel, y lo impedimos.

—¿Y dónde está ahora Norken?

—Se ha hecho cargo de la ametralladora de aquel montículo —señaló el lugar en que más fuerte había sido el tiroteo—. La maneja tan bien como dicen que maneja la cámara... Parece como si quisiera justificarse ante alguien...

Kev sólo quiso saber si Norken protegía con lealtad a sus compañeros, por lo menos a las dos mujeres que iban en el grupo. Y esto se lo confirmaron varios soldados.

Tan pronto clareó, Kev recorrió las posiciones. Había muchas bajas. Cuando regresó al túnel, no ocultó la gravedad de la situación.

—Todo el que sepa y pueda manejar un arma...

Geiser y Walter salieron del fondo del túnel. Billings, a pesar de la herida en el brazo, también se presentó.

Max Norken siguió en el montículo de la ametralladora. El sargento se encargó de situar a los restantes cineastas.

—Deben contar conmigo —dijo Eida.

—Usted ayude a los sanitarios.

—¡Prefiero estar ahí fuera! Sé disparar como cualquiera de ustedes.

—Está bien. Venga conmigo —dijo, en tono divertido—. Ahora soy yo quien necesita «custodia».

En todo momento, desde que se hizo de día, el sargento iba con él, temiendo cualquier disparo a traición. Eida quedó convertida en guardaespaldas de Kev.

—Si luego escribo esto, ¿será impropio? —preguntó Kev, yendo hacia la cueva donde estaba la emisora.

—¡No me explico que, viendo morir a la gente a su alrededor, tenga ganas de broma! —exclamó Eida, muy afectada.

—Lo último que debe desaparecer de la cara del jefe es la sonrisa —contestó Kev—. Los soldados miran más la cara del que les manda que los movimientos del enemigo.

Era verdad. Y desde que Kev se hizo cargo del mando, había otra moral en el blocao.

—Prepárese para transmitir un mensaje —dijo Kev al operador de la emisora—. No es necesario que lo cifre.

Iba dirigido al Mando. Después de aludir de pasada a que en el blocao había algunos supervivientes de la expedición de Barry Wesler, Kev notificó que el enemigo estaba concentrando numerosas partidas...

Una nueva oleada de hombres irrumpió de la selva. Avanzaban produciendo un escalofriante vocerío, cual si tuvieran la pretensión de que, anulando con la voz el silbar de las balas, ahuyentaran el peligro.

Kev apresuró la transmisión del mensaje y salió de la cueva, seguido del sargento y de la muchacha. Se colocaron en una trinchera situada en una altura, dentro del blocao, desde donde podían controlar toda la posición.

La ametralladora donde estaba Norken había entrado en acción.

Kev dio orden de disparar con los morteros. Al momento, los temibles proyectiles cayeron sobre la alfombra verde de la selva, y empezaron a surgir columnas de humo.

Las vertientes Sur y Oeste, las que presentaban un terreno menos abrupto, se hallaban ya cubiertas de cadáveres. Pero esto no impedía que el enemigo se obstinase en entrar por allí.

Nadie en el blocao permanecía inactivo. Solamente los portadores que seguían bajo vigilancia, y los heridos de gravedad.

A la media hora de combate, Kev dijo:

—Sargento, vaya a informar al coronel...

—¡Sí, señor...!

Al marcharse Kessel, Kev cogió de un brazo a Eida y la obligó a agazaparse en el fondo de la trinchera.

—¿Cómo va ese ánimo? —preguntó alegremente.

La había observado a hurtadillas. Había estado disparando con la serenidad de cualquier veterano.

Ella se le quedó mirando, indecisa. Sus ojos cambiaban repentinamente de expresión: tan pronto aparecían alegres, como severos, o tristes.

—¿Cómo es posible que usted, teniendo la responsabilidad de todos nosotros, esté tan tranquilo? —preguntó Eida, tras un silencio durante el cual no hicieron más que mirarse.

—Jugarme la vida fue mi oficio...

—¿Por qué Norken quiso matar a Wesler? —preguntó Kev.

—No le perdona que hundiera a Emma.

—¿Lo cree metido en los secretos de Wesler?

—¿Qué secretos?

—Esta expedición tiene su «enigma». Hay algo que puede traer graves consecuencias, eso suponiendo que salgamos de aquí. Si Norken no está complicado, tendrá una buena ocasión de vengar a Emma, limitándose a dejar que Barry Wesler viva, hasta llegar a Los Ángeles...

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿No entiendo...! ¿Complicado en la caja que ha estallado?

—No. Esos explosivos han sido una sorpresa para todos ustedes, incluyendo a Wesler. Los nativos complicados fueron eliminados anoche, cuando escapaban... Me refiero a las cajas que quedan. Wesler no tiene más preocupación que ponerlas a salvo... ¿Es que

ya han filmado la película?

—Ni siquiera una tercera parte... Se habían efectuado algunas tomas cuando se produjo la espantada.

—Y el director, sin preocuparse de que sus artistas no aparecieran —comentó Kev, sardónico.

Eida quedó pensativa. No entendía lo que Kev estaba insinuando. El sargento salía en aquel momento del túnel y se disponía a regresar. Kev lo vio y dijo:

—Por si no tenemos otra ocasión de estar solos..., escucha esto: Desde Los Ángeles voy tras de ti porque quiero apartarte de la influencia de Wesler... Está loco... Tanto como yo lo estoy por ti.

Le sorprendió la boca en el momento en que Eida se disponía a contestarle, como enfadada. Besándola la obligó a que se agachara más, porque las balas silbaban sobre la trinchera.

Algo redó dentro del estrecho callejón.

—¡Perra suerte! —rezongó el sargento, sentado en el fondo de la trinchera, mirando cómo Kev besaba a la muchacha.

Como en la calle de Vientiane, Eida se había puesto hecha un demonio.

—¿Usted ve, sargento?

—He hecho muchas millas con el capitán... Estoy acostumbrado.

No pudo decir nada peor. Era tanto como incluir a Eida en el número de mujeres que Kev había galanteado y de las que ya no existía ni el recuerdo.

Esto la hizo palidecer. Asiendo el fusil con las dos manos, se dispuso a saltar de la trinchera.

—¡Quieta! —gritó Kev, asiéndola de los hombros.

Las ráfagas seguían rozando los bordes de la trinchera.

—¡Prefiero la muerte... a seguir... al lado de un tipo... tan odioso...!

Se le cortaba la voz, por la rabia, y por el fragor que las armas de fuego estaban produciendo en aquel momento.

—Si saltas, saldré tras de ti, y toda esta gente se quedará sin «jefe» y sin «mascota» —dijo Kev, sonriendo.

Y volviéndose de cara al sargento:

—¡Le creía mi amigo...!

—¡Lo soy...!

—¿Cuándo me ha visto enamorado?

—¡Ahora! —contestó Kessel, mirando francamente a la muchacha.

Ella le apuntó con el rifle y el sargento movió las orejas.

—Dispare. Prefiero que lo haga usted y no un «mico» de los que hay ahí fuera...

Siguió moviendo las orejas. Eida soltó el rifle y rompió a reír. De pronto se cubrió el rostro para ocultar las lágrimas.

Kev le acarició la cabeza y dijo:

—No frenen las lágrimas... Has resistido más de lo que muchos hombres avezados a la lucha hubieran aguantado...

Sin dejar de acariciarle el cabello, se volvió de cara al sargento:

—¿Qué dice el coronel?

—Que no le consulte... Que está seguro de que sólo usted podrá despejar la situación...

—¡Pues como no hagan caso al mensaje...! —rechinó Kev, empuñando el fusil y poniéndose a disparar.

—Fue una suerte que el coronel no colocara las municiones en una misma cueva —comentó el sargento, disparando también—. A estas horas ya estaríamos liquidados.

—¿Disponemos de municiones? —preguntó Eida, situándose entre los dos.

—No —contestó Kev—. Con este despilfarro, para muy poco tiempo.

—¿Y por qué no las medimos?

—Esto es como jugar al póquer: no des a entender malas cartas. El enemigo cree que con la voladura de la cueva nos ha dejado indefensos. Si se lo confirmamos, persistirá en sus ataques... Hay que hacer ruido.

Eida había dejado de disparar, mirándolo absorta...

—¿Y si no viene nadie en nuestra ayuda? —murmuró.

Kev movió los hombros y sonrió.

—Por ti siempre pedirán un buen rescate.

Ella, tras parpadear unos momentos, sin dejar de mirarlo, asió con fuerza el fusil, asomó el arma por el borde de la trinchera y siguió disparando.

De pronto las armas enmudecieron. Pero la humareda aún persistía en los alrededores del blocao, cuando los aparatos asomaron por el horizonte.

Primero fueron unos puntitos oscuros. En seguida, impresionantes nubarrones, cada vez mayores, que en imponente rugido avanzaban hacia la posición.

Mucho antes de llegar a su altura, los aparatos se esparcieron en varias escuadrillas. Toneladas de metralla empezaron a caer sobre la maraña verde de la selva.

De las aeronaves empezaron a caer paquetes, que quedaban oscilando pendiendo del paracaídas. Más tarde, los paquetes se convertían en hombres.

Eida y el sargento se colocaron junto a Kev. Éste observaba con unos prismáticos.

—¿Qué? —preguntó el sargento.

—Vamos al lado del coronel. El tiene el mando.

De regreso al túnel, Eida quedó rezagada. Iba como un autómatas. Todos los riesgos pasados estaban ahora surtiendo efecto.

Pasó junto a los soldados sin darse cuenta. Cuando llegó al túnel, Kev y el sargento, ya se habían marchado. Encontró al coronel con el pecho vendado preparándose para salir. Lo sostenía Emma.

—Pero ¿por qué se levanta? —inquirió Eida.

—Soy el jefe, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—A mí, Kev no me quita la satisfacción de ser yo quien reciba a las fuerzas de socorro... ¡Bien que se quede con la «mascota»!

Por si no lo entendía, la miró con mucha intención. El rostro de Eida enrojeció.

—¿Conmigo? ¡Pero si detesto a ese individuo!

—¡Apriete más los dientes, no sea cosa que no la crean!

Junto a la yacija, donde se encontraba Barry Wesler, estaban Norken y los actores. El operador tenía el rostro con tiznajos de pólvora. Ya estaba advertido por Kev de que debía dejar que Wesler viviera.

Todos los del grupo cineasta se mostraban muy emocionados y cordiales con su director. Wesler se sentía cada vez más tranquilo.

—¡Nos trasladarán enseguida a Vientiane! —decía el director—. ¡Y volveremos inmediatamente a nuestro país! Yo seré hospitalizado en Honolulu. Allí dejaremos el equipo... Ustedes podrán seguir a Los Ángeles... Mientras mi pierna se restablece, meditaré... Renunciar a esta película será un crimen. ¿Saben qué propaganda

nos espera?

Ya reforzado el bloqueo con paracaidistas, se procedió a la evacuación de los heridos. En claros de la selva aguardaban helicópteros.

Cuando intentaron transportar a Wesler, éste se negó.

—¡Las tomas que hemos efectuado valen una fortuna! ¡Y serán mi gloria...! ¡No me separaré de mi equipo...!

Los sanitarios quedaron extrañados. Kev intervino:

—El señor Wesler es un fanático de su arte... Que se quede con las cajas. Saldrá con nosotros. Hay una caravana de «jeeps» y camiones. Nos esperarán en la carretera número siete, mañana.

Al día siguiente, en el blocao

«5-L-2»,

no quedaba nadie. De los últimos en retirarse fue Kev. Recorrió todas las trincheras y embudos, dirigiéndoles una última mirada, cual si se tratase de una casa donde hubiese tenido las experiencias más trascendentales de toda su vida.

Cuando se encontraba sobre el montículo en que estaba la trinchera que ocupó con Eida, vio al sargento y a la muchacha ante el comienzo del camino que se internaba en la selva, por donde había desaparecido el último grupo.

—¿Es que quiere quedarse, capitán? —preguntó Kessel, con intencionada jocosidad.

—Todo lo contrario. Estoy dando mi adiós definitivo a esta selva. Ya no volveré...

—¿Quién sabe!

—Ya no volveré.

—El señor Wesler sigue pensando en su película —apuntó el sargento.

—El tampoco volverá —y mirando a Eida—: Ni tú.

El sargento fue quedándose atrás, cual si dudase de que el sector que cruzaban estuviese libre de enemigos.

Tras un silencio, preguntó ella:

—¿No puede decirme qué sospecha de Wesler?

—Eso te lo dirá el inspector Howland. Yo no he abierto ninguna caja. Me he limitado a protegerte.

Eida hizo un gesto de impaciencia.

—¡Le estoy hablando en serio!

—Y yo.

—¡Usted buscaba reportajes sensacionales! ¡Y los ha conseguido! Usted habla del fanatismo de Wesler por el cine... ¿Y usted? ¡No vaciló en escribir vilezas sobre mi conducta...! Yo estoy dispuesta a olvidarlo... ¡pero, por favor, no adopte la máscara de un caballero que me protege! ¡Eso me crispa...!

—Y sin embargo... Pero ¿tan difícil es que un hombre se enamore de ti?

—¡Estúpido! ¡Los «enamorados» de su estilo pesan en mi vida como una maldición! ¿Cree que ignoro por qué fue expulsado del Ejército?

—¿Expulsado? Caducó mi compromiso en filas...

—¡Faltaban dos días para su licenciamiento! ¡Estoy muy enterada! Y usted se insolentó con el coronel...

—Porque no me gustan los entrometidos.

—¡En líos de mujeres...! ¡Conozco muy bien el embrollo en que usted se metió, con una mujer de la colonia...!

—Era una endemoniada coqueta. Pero, al producirse el jaleo, tuve que cargar con toda la responsabilidad, eso es todo. El sargento puede atestiguar...



El sargento, al ver que lo iba a meter en liza, saltó del sendero escabulléndose en la espesura. Eida lo vio y se mordió los labios, para no reír.

—Vamos muy separados de los demás —dijo ella, apresurando el paso.

—Yo no os he pedido que os quedarais.

—¡Fue idea del sargento! —replicó Eida.

El sargento Kessel decidió dejarlos atrás. ¡Al diablo los dos!

—Un momento —dijo Kev, cogiéndola de un brazo.

Ella se detuvo, poniéndose en guardia, creyendo que iba a besarla.

—¡Cuidado, Kev! ¡Le he brindado mi amistad!

—Es una pregunta que quiero hacerte desde que llegué a la finca donde os refugiasteis. Sobre la llamada que se captó en la base. ¿Quién la hizo? Parece que hubo discusión...

—Billings la hizo, porque yo se lo pedí. Y al sorprenderlo Wesler, empezó a golpes con él. La herida del brazo se la hizo Wesler. Estaba frenético... Decía que nuestra llamada sólo podía servir para orientar al enemigo.

—¿Y Norken no se preocupaba por la ausencia de Emma?

—¡Claro que se preocupaba! Pero Wesler decía que había notificado al coronel los sitios donde acamparíamos, y que era mejor esperar... ¿Por qué cree que enviaron la caja?

No terminó, estremeciéndose.

—Quizá para aterrorizarlos. De no encontrarnos nosotros en el caserón cuando llegó la caja, ¿imaginas cómo hubieran reaccionado tus compañeros?

Durante unos momentos Eida permaneció ensimismada. Su rostro fue contrayéndose, por la ira:

—¡Si se comprobara que fue idea de Wesler!

—Cuando lo vi en la Anca, pensé que no. Ahora ya no estoy tan seguro.

—¿Por qué?

—Norken me ha jurado que cuando se produjo la espantada, su única preocupación fue buscar a Emma.

—Es cierto.

—Se separó de vosotros.

—Yo y Billings quedamos solos —explicó Eida.

—Norken cree recordar que los tres muertos... Uno de ellos era el ayudante del operador, ¿verdad?

—Sí... El buen Streit.

—Éste parece que se lanzó tras el equipo. Algo debió ver entonces.

—¿Qué?

—Tal vez a Norken, manipulando en las cajas, rodeado de guerrilleros.

Siguieron un trayecto callados.

—¡Si fuera él el culpable, no habría que darle tregua!

—Todo lo contrario. Importa mucho coger al que está detrás de Wesler.

No muy lejos se oían conversaciones. Pronto estarían junto al último grupo.

—Sida —murmuró Kev, como si de pronto recordara algo muy importante.

Ella se volvió, desprevenida.

—¿Qué?

La enlazó por el talle y la estrechó fuertemente, estampándole un beso en plena boca.

—Por si es el último.

Y aceleró el paso, sin mirar atrás. La muchacha quedó unos momentos inmóvil, con el rostro contraído. Iba a prorrumpir en improperios, cuando oyó detrás rumor de pasos. Se volvió y vio al sargento moviendo las orejas.

—Será peor si se enfada. Ni la amenaza de un Consejo de Guerra pudo con él —dijo el sargento.

—¡Pero ese tipo... me saca de quicio...!

—Eso decía el coronel. Pero a la hora de la verdad, se sintió muy a gusto teniendo a Kev a su lado.

También a Eida le sucedió lo mismo, cuando lo vio aparecer en la finca.

—No niego que como soldado sea un hombre extraordinario —concedió Eida—. Pero no siempre se está en campaña.

—El capitán opina que siempre se está en guerra.

Ella no contestó. Recorrieron un trayecto callados. De vez en cuando se volvía Eida para mirar al sargento.

—No intente disimular que siente separarse de su condenado capitán —dijo ella.

—No lo disimulo. ¡Me mordería los puños! Pero comprendo que el capitán tiene mejor porvenir como periodista. ¡Todo lo que escribe da en el clavo!

—¡De mí dijo perrerías! —rechinó Eida.

—Lo sé. Pero eso no lo escribió él.

—¡Usted qué sabe!

—El capitán me lo dijo. Y él no es de los que se desdicen, aunque esté ante el piquete...

En la carretera, donde aguardaban los vehículos, Barry Wesler tuvo oportunidad de comprobar una vez más que Kev sólo se «preocupaba» de la muchacha, y que ella parecía evidentemente

resentida con él. Esto le tranquilizó. Esto y el que nadie demostrase el menor interés por las cajas.

Barry Wesler viajó en el mismo vehículo en que iban los fardos.

* * *

En Vientiane existía una gran expectación cuando empezaron a llegar los supervivientes del grupo cinematográfico.

Para no atraer al nubarrón de periodistas que zumbaban por el Asia Sudoriental, a la espera de acontecimientos, el Mando dispuso que salieran enseguida de Laos.

Los primeros en tomar el avión fueron los actores Walter y Billings. Walter iba ansioso por llegar a Los Ángeles y mostrarse ante los reporteros como un héroe de verdad. Era una publicidad como nunca había podido soñar.

En el hospital donde se encontraba el coronel Cowan, Eida tuvo ocasión de conocer al inspector de la C. I. A.

que concertó con Kev el trato para facilitarle la asistencia a las maniobras en el sector de Cowan.

—¿Qué, señorita Raybel, dispuesta para la marcha?

—Sí, coronel. Vengo a despedirme... Confío en que nos veremos alguna vez, en Occidente.

—Yo sí la veré a usted, y a lo peor en plena selva. No me refiero a que esa película se termine o no. En los puestos avanzados solemos hacer cine... Su imagen ha quedado prendida en la mente de todos mis soldados. Sé que van a pedirme las películas en que usted aparezca...

Eida permanecía ensimismada. De pronto:

—No me recuerde mi profesión... Creo que la odio.

Se dejó caer en una silla, cubriéndose el rostro con las manos.

—Eso pasará —intervino el inspector—. Sé que ha sido usted sometida a momentos muy amargos...

—Yo aún tuve suerte al librarme del macabro hallazgo. ¡Pero me obsesiona ese horroroso asesinato! ¿Y escapará el culpable?

—Si usted nos ayuda, no —dijo el inspector.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer?

—Salir en el mismo avión en que saldrá Wesler, y también las

cajas. Las guarda en su habitación del hotel, cerradas con muchas llaves. El médico que ha ido a curarle dice que está representando el papel de maniático que cree que su obra «maestra» va a ser destruida por sus enemigos. Hay que seguirle la corriente.

—¡Pero Wesler no consentirá a nadie a su alrededor!

—A usted, sí.

—El y yo hemos roto.

—Señorita Raybel: Gracias a las pistas que me dio el capitán Burgan, procedí a la investigación de todo lo que ocurrió en los preliminares de esta expedición. Usted y Wesler ya parecían haber roto sus relaciones artísticas...

—¡Sí! Estaba harta de su despotismo... No obstante, me dolían sus dos últimos fracasos. Hubiera aceptado trabajar con él, aun a menos precio, por ayudarle...

—El fue a buscarla ofreciéndole un contrato muy ventajoso. ¿Le sorprendió, en un hombre tan orgulloso, que diera ese paso?

—Me conmovió.

—Usted lo creía cambiado. Y entonces le sugirió que contratara a Emma Datner, una vieja gloria pisoteada por Wesler... ¿Quiere saber por qué Wesler aceptó todas sus condiciones? Quien financiaba esa película puso como condición que usted trabajara en ella... ¿Podría usted decirnos qué adoradores tiene capaces de desembolsar una cantidad tan fuerte, sin salir de la sombra?

Eida creyó que se burlaba y se levantó, don gesto indignado.

—Comprendo, señorita Raybel, que así, de pronto... Pero más tarde... De aquí a Honolulu, quizá usted pueda distinguir entre la multitud de amigos de Wesler.

Un nombre surgió como una llamarada en la mente de Eida. Un nombre que no hubiera aparecido, de no tener ella presente en todo instante el macabro hallazgo.

Era el de Nig Roden, el dueño de varios restaurantes en Los Ángeles, y otros varios establecimientos en distintas ciudades de los Estados Unidos.

Un individuo de historia negra cuyo pasado, enmarcado por su gran fortuna, contribuía en la actualidad a hacerlo más fascinante en el mundo frívolo.

Eida había ido varias veces a su palacio en Beverly Hills, donde daba fiestas en las que concurrían los magnates de Hollywood. Era

un hombre de mediana estatura, de unos cuarenta y cinco años, de ojos negros y penetrantes.

Siempre se había comportado muy cortésmente con Eida. Era como una fiera que de pronto se calmaba al oír una extraña melodía. Esto le ocurría siempre que se enfrentaba con la belleza de Eida Raybel.

Algunas compañeras de profesión lo habían advertido y se lo dijeron. «Nig siempre mira a todas en plan de amo. Pero contigo no lo hace». Esto recordó ahora Eida, que le dijo una compañera más célebre por sus escándalos que por su arte.

—Pero si yo le menciono un nombre, por meras conjeturas... ¡Sería terrible que me equivocara!

—Lo que usted nos dijera sería contrastado con lo que nosotros ya sabemos... Pero, en fin, ya le he dicho que se tome tiempo. Ahora lo que importa es que usted salga con Wesler. Eso justificaría que el capitán Burgan anduviese cerca de Wesler..., y naturalmente, de usted.

—¿Es que Kev va a seguirlo? —preguntó, súbitamente alarmada.

—No está dispuesto a que nadie le pise estos reportajes.

Eida apretó las mandíbulas mientras sus ojos centellaban.

—¡Y él habla de fanatismos! —exclamó, indignada.

—Verá: En cierto modo Kev tiene razón para no presentarse a componendas. Su firma «KEBUR» está en entredicho por la sucia faena que le hizo la agencia para la cual trabaja. Todo lo que había en sus reportajes referente a usted, fue «retocado» por un chupatintas de la agencia. Ese individuo fue detenido y se encuentra en la calle bajo fianza. «Alguien» procuró enseguida dar la fuerte suma que se pedía por su libertad. ¿Sabe quién pagó?

Eida ya estaba bastante impresionada al ver confirmado por el inspector lo que ya le dijo el sargento.

—¿Cómo voy a saber quién pagó por ese granuja, si hasta ahora yo ignoraba que esos reportajes contuviesen cosas que Kev no había escrito?

—La fianza la dio Nig Roden... ¿Es enemigo de usted?

Fue cogida por sorpresa.

—Si lo es..., hasta ahora yo creía lo contrario.

—¿Por qué?

—Siempre fue muy amable.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues..., quizá de los moscones menos molestos.

—Sin embargo, saca cara por el individuo que hizo se publicaran insultos contra usted. ¿Cómo se explica?

Eida permaneció callada unos instantes, verdaderamente aturrida.

—Quizá Nig Roden me odia, porque nunca le he prestado atención.

—Yo pienso otra cosa. A quien odia es a Kev... Sabe que es de los hombres que siempre salen con lo que se has propuesto. Y si Kev tenía el propósito de formar en el grupo de ustedes, nada mejor que desacreditarlo como periodista de buena fe.

Afuera, en el pasillo, se oyó la voz de Kev hablando con una enfermera. Ésta reía.

—¡No de a entender a Kev que le he propuesto que salga usted con Wesler!

—¿Qué ocurriría si lo supiera?

—¡Se opondría! Él quiere que usted permanezca al margen. Teme por usted. Pero sepa que en todo momento estará bien protegida por mis agentes.

Llamaron en la puerta, en el momento en que Sida decía, como irritada:

—¿Que teme por mí? ¡El solo piensa en sus reportajes!

La puerta fue abierta por el inspector.

—¡Válgame! ¡El infierno en pleno! —comentó Kev.

A su lado tenía a la enfermera. Era muy joven y muy pizpireta. Al encontrarse con la dura mirada de Eida Raybel, la enfermera se retiró, cimbreado. A los pocos pasos se volvió. Al ver que Kev la miraba, sonrió, y acentuó los movimientos de sus caderas.

—Cuando yo estuve hospitalizado, no había estas monadas —dijo, mirando al coronel—. Y bien: ¿Ya se han puesto de acuerdo para empaquetarme?

Miró a todos, empezando por el rostro de Eida. Ésta permanecía abstraída, tratando de poner orden en todo lo que había dicho el inspector.

—Nada hay contra usted —dijo el coronel—: En todo caso, felicitaciones... ¿Me tía la mano de amigo?

—¿Por qué no? Podemos considerarnos amigos... Nunca más

volveremos a estar juntos —contestó Kev, riendo.

Después de estrecharse la mano con fuerza, el coronel dijo:

—¡Gracias por todo, Kev!

—Déselas a esta cara de ángel —indicó a Eida. Y antes de que la muchacha reaccionara, agregó—: Puesto que nada hay contra mí, abandono Vientiane.

Eida no pudo reprimir un movimiento de hombros. Y mirándolo fijamente:

—¿Cuándo se va?

—Dentro de una hora. En un avión militar.

—¿A dónde?

—A Bangkok... Luego, ya veremos. He de estar cuanto antes en Los Ángeles. Tengo allí algo que arreglar.

Eida se volvió a mirar al inspector. Éste se hizo el desentendido.

—Allí nos veremos, ¿verdad, preciosa? —Kev le tendió una mano.

En aquellos momentos, ella lo hubiera querido ver más serio, más emocionado. Y más todavía: lo hubiera querido ver testarudo como otras veces, empeñado en no separarse de ella.

Así que, rehuyó darle la mano y le volvió la espalda bruscamente.

—Alégrese, coronel: Ya ve que esto está peor que al principio —dijo Kev, como despedida.

Salió enseguida. Eida, apenas cerrarse la puerta, se disponía a hablar violentamente, pero el inspector levantó una mano, imponiéndole silencio, para prestar atención a lo que parecía oírse precedente del pasillo.

Al momento oyó a Kev riendo con la enfermera.

—No se fíe, Eida —dijo el inspector—. Está muy preocupado por usted. El confía en que nosotros la retendremos aquí unos días... Va a Los Ángeles.

—Pero ¿por qué allí? Wesler quiere ir a Honolulu.

—Eso le hemos hecho creer a Wesler, que todo se desenvolverá según sus deseos. Pero en la ruta habrá cambios... Irá a Los Ángeles...

—¿Y Kev lo sabe?

El inspector asintió, moviendo la cabeza.

—El pretende desenvolverse en el área de Wesler, a cuerpo

descubierto —siguió el inspector—. Y eso sería su muerte... Usted puede ser el pretexto, Eida, como lo fue en la selva. En realidad, sólo por usted se interesó Kev en este asunto...

CAPÍTULO VI

Pero fue la policía la que tuvo que cambiar sus propios planes, porque en el momento en que el aparato en que viajaba Wesler se disponía a despegar de Vientiane, se recibió la noticia de que Nig Roden había salido de Los Ángeles rumbo a Honolulu.

En, Vientiane ya sólo quedaban Wesler, su ayudante Geiser y Eida.

—Tenemos una ventaja en que el encuentro sea en Honolulu y no en Los Ángeles —comentó el inspector Howland—. Nos hemos librado de Kev...

Pero Kev ya estaba instalado en el hotel donde tuvo el incidente con Eida, frente al puerto, en Honolulu. Los agentes que allí aguardaban, al verle, quedaron desconcertados, no sabiendo si darse a conocer, para convenir un plan de acción.

Se limitaron a permanecer a la expectativa, esperando instrucciones del inspector Howland. Éste salió en un reactor militar después de Wesler, y llegó a la isla media hora antes.

Arribaron de noche. Los dos aterrizajes, se procuró fueran a una hora muy avanzada.

Wesler ya tenía su habitación reservada en el hotel, la misma que ocupó la vez anterior. También Eida.

En los últimos mementos, Wesler demostraba interés solamente por dos cajas, en las que decía que iba el material fotográfico utilizado en la selva.

En el hotel, consintió que las otras cajas quedaran en el sótano.

Una hora después que las cajas fueron apiladas junto con verdaderas murallas de baúles, en los sótanos, una lámpara automática empezó a pasar su lanza de luz por los estrechos callejones que dejaban los equipajes con etiquetas de todas las

partes del mundo.

De pronto, la lámpara se extinguió. Se acababa de abrir una puerta, con mucho sigilo, cerrándose enseguida. Transcurrieron unos momentos de total oscuridad y silencio...

Brotó el haz de una lámpara más potente que la primera y empezó el recorrido que ya había hecho la anterior. Los pasos procuraban ser silenciosos, pero se notaba el roce de muchos pies. Eran por lo menos tres hombres.

—Aquí están, Nig —susurró el que empuñaba la lámpara.

—Ponía aquí fuera.

Cuando la caja estuvo en el suelo, se oyó un tintineo de llaves. El tercer individuo había retrocedido hacia la puerta, para permanecer allí, atendiendo lo que sucedía fuera.

Había otros dos individuos apostados en la escalerilla que conducía al sótano, y otro en el montacargas, dentro de la cabina. Todos iban armados de metralleta.

Nig Roden introdujo las llaves en varias cerraduras. Dentro aparecieron cajas metálicas, de forma circular.

Pero Nig no abrió ninguna. Tocaba las paredes de la caja. Cuando encontró el resorte, presionó, y fue deslizándose, con la ayuda de una mano, una franja de plancha que formaba pared.

De la pared de la caja, llena de estrías verticales, se desprendieron tiras de algodón, y perlas, y diamantes...

Nig Roden cogió un puñado de piedras preciosas y las sometió a la luz de la lámpara. El fulgor pareció enervarlo.

—¿Para quién son, Nig? —preguntó alguien, situado en el extremo del callejón.

Nig tenía a su lado a un subordinado. Sabía que el otro se encontraba junto a la puerta. Y aquella voz sonaba en el fondo del local.

Apagó la luz, para echarse de bruces tras la caja.

—¿Quién está ahí?

—«KEBUR» —contestó Kev.

Cuando Nig Roden se decidió a entrar en el sótano había recalcado a sus secuaces que no hicieran ruido. Sabía que en el hotel había policías.

Ahora debió tener en cuenta el consejo que dio a sus secuaces. Pero el nombre del odiado periodista le enloqueció, y apretó el

gatillo.

Ni siquiera cuidó de mantener apagada la lámpara. Al ir a disparar, volvió a encenderla, como para recrearse en la destrucción de su enemigo.

Pero al final del callejón ya no estaba Kev.

—¡Rodeadle! —gritó Nig.

El sótano se llenó de estruendo. Los estampidos llegaron arriba, y empezaron a surgir hombres, por todos los rincones del hotel.

En el sótano proseguía el tiroteo. Kev no encendía nunca la lámpara. Le bastaban las llamaradas que producía el adversario. Tenía la ventaja de que se sabía sólo frente a todo lo que se moviese, o llamase.

El individuo de la puerta fue sorprendido por los disparos de Kev, en el momento en que se disponía a entrar en el callejón de baúles donde el periodista empezaba a deslizarse.

Nig Roden no se separaba de la caja. El secuaz que momentos antes tenía a su lado, había saltado por encima del jefe y, en cuclillas, avanzaba hacia el extremo del callejón donde se oyó la voz de Kev.

Refulgieron varios fogonazos, producidos por una metralleta. Nig oyó un alarido, y el choque de un cuerpo contra una pared de baúles.

Siguió un silencio. La lámpara estaba apagada. Nig procuraba taladrar con los ojos las tinieblas. A cada momento le parecía oír pasos a su alrededor.

Pero eran producto de su excitación. A Kev, avezado en la lucha de la jungla, nunca lo oiría.

—¡But! ¿Estás ahí? —preguntó Nig, ya de pie, con la metralleta preparada.

La respuesta fue la luz de una lámpara automática, puesta en el suelo. Fue como el disparo de una serpiente que buscase sedienta la caja para beber luz de piedras preciosas.

Contra esa barra luminosa se puso a disparar Nig Roden, mientras retrocedía de espaldas, buscando la puerta.

Por una de las cortaduras que las murallas de baúles tejían, para comunicar unos callejones con otros, apareció Kev.

—¿Para quién son esas piedras, Nig?

Al volverse el «gángster», con la metralleta rugiendo, se

encontró con una cinta de fuego. Soltó el arma y se tambaleó, retrocediendo, hacia la puerta.

Afuera se oía tiroteo. Nig Roden abrió la puerta y empezó a subir la escalerilla, dejando un reguero de sangre y de piedras preciosas que iban escapando de sus bolsillos.

De arriba llegaba una luz hasta el finar de la escalera.

Nig Roden, cuando iba a emprender el segundo tramo, volvió la cabeza hacia la puerta del sótano. Allí estaba Kev, mirándole.

Nig introdujo una mano en el bolsillo de la chaqueta. Kev levantó el arma.

Pero lo que Nig sacó fueron piedras preciosas.

—¡Eran... para Eida!

Las tiró, como si fuesen un proyectil, y rodó por la escalera. Kev se hizo a un lado, y enseguida se agachó, atento a las pisadas que se oían arriba.

Por la escalera se volcó una tromba de luz.

—¡Policía! —dijeron desde arriba—. ¡Quien esté ahí abajo que se de a conocer!

—¡Prensa! —contestó Kev, que había reconocido la voz del inspector Howland.

—¡Maldita sea! ¿Cómo demonios no está arriba? —gritó el inspector, verdaderamente encolerizado.

Bajó corriendo la escalera.

—¿Qué hay arriba? —preguntó Kev.

—¡Está la muchacha!

—Tengo amigos que la protejan.

Esos amigos eran Emma y el operador Norken, que se encontraban en el hotel desde mucho antes que Wesler.

—Pero están las dos cajas que Wesler se ha reservado —señaló el inspector.

—Para señuelo de incautos —contestó Kev, irónico.

El inspector soltó un reniego. Él había sido uno de los incautos, al concentrar la mayor vigilancia en la habitación de Wesler.

Pasó por encima del cadáver de Nig Roden. Cuando vio la caja que contenía las joyas, se puso a maldecir.

—¡Y todos esperábamos opio!

—Yo no —dijo Kev—. Cuando supe que Nig venía al encuentro de Wesler, descarté que fuera droga...

—¡El tráfico de joyas tiene su pena!

—¿Quién iba a saberlo? Nig contaba con deshacerse de ellas en unas horas. Lo que hubiera tardado en verse ante Eida.

—¿Insinúa que ella está complicada?

—Sí. Sin ella saberlo... Su belleza ha inducido a Nig a dar este paso de colegial. Quería deslumbrarla...

El inspector soltó un gruñido.

—Frene su imaginación, periodista.

—Es la realidad. La agencia para la que trabajo, ante mis amenazas, me ha revelado que todo obedecía a la pasión de Nig por esa muchacha.

Ya saliendo del sótano, gruñó el inspector:

—¡Vaya riesgo estúpido! ¡Debió dejar que Nig saliera! ¡Arriba le estábamos esperando!

—Yo ignoraba que estuvieran alerta... Yo a toda costa debía impedir que Nig llegara a la habitación de Eida.

—¡Diablo! ¡Allí tenía agentes esperando! ¡Lo hubieran acibillado, antes de llamar a la puerta!

—¿Y qué? Se hubiera ido encogiendo, y cuando Eida hubiera abierto, Nig le hubiera echado a los pies los puñados de piedras, como ofrenda del diablo... ¡No, inspector! ¡Yo no le doy ese tanto a nadie!

En el «*hall*» se habían replegado dos secuaces de Nig. Los agentes vigilaban la puerta, pero su mayor atención estaba puesta en el corredor que conducía a la escalerilla del sótano.

Durante unos momentos había quedado descuidada la puerta de la habitación de Wesler. Kev pareció presentirlo, al ver aquel despliegue de policías en la planta baja, y echó a correr escaleras arriba.

Llegó al corredor en el momento en que Emma, envuelta en un salto de cama, trataba de sujetar a Eida, quien pretendía entrar en la habitación de Wesler. La puerta de éste permanecía abierta de par en par.

—¡No vayas, Eida!

—¡Pero Kev lo quiere vivo!

No lo vieron. Kev pasó velozmente y se lanzó dentro de la habitación de Wesler. Éste empuñaba una pistola, con la que apuntaba a Norken.

Al producirse los disparos, Norken había forzado la puerta de la habitación de Wesler. Pero éste no se encontraba en el lecho, sino vestido, a un lado de la puerta.

Dejó que el operador entrara tambaleándose por su poderoso empuje, al encontrar en la cerradura menos resistencia de la que esperaba.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó Wesler.

Mantenía inmóvil la pierna herida y cada vez que se desplazaba la llevaba a rastras.

—¡Estás perdido, Wesler! ¿No oyes abajo? —dijo sordamente Norken.

—¡Yo nada tengo que ver con nadie! —gritó Wesler, como loco.

Fue en ese momento cuando advirtió que algo se le echaba encima y giró, disparando. Pero Kev, al saltar, ya lo hizo de forma que su cuerpo quedara al instante desviado de la línea de tiro.

Cayó, en el momento en que se producía un disparo. Arrastró consigo el cuerpo de Wesler. Durante unos momentos estuvieron en el suelo, forcejeando. Salió otro disparo, cuyo proyectil fue a ras del suelo, hasta dar con una pared.

Kev le retorció la muñeca y Wesler soltó el arma, resollando como una poderosa bestia, con la boca llena de espuma.

—¡Déjemelo a mí, Kev! —prorrumpió Norken.

—No... Nig Roden se ha «marchado». Necesitamos a Wesler para que nos complete la «información» —contestó Kev, todavía en el suelo, sujetando a Wesler, quien se debatía a la desesperada.

Tuvo que golpearle en las mandíbulas para inmovilizarlo. Cuando se disponía a levantarse, vio a las dos mujeres que aparecieron en la puerta.

Eida estaba mortalmente pálida. Llevaba un salto de cama muy transparente.

—Preciosidad, ¿por qué no te retiras? Van a subir los agentes —observó Kev.

Entonces ella reparó en que estaba poco menos que desnuda ante él, y con el rostro encendido, se volvió rápidamente y desapareció.

Un rato después, Kev llamaba en su puerta.

—¿Quién?

—Soy yo, querida...

—¡Vete al demonio! —contestó Eida, sin abrir.

—Es solamente para decirte que descansas. En lo que queda de noche, el inspector y yo lo resolveremos todo... Para mañana por la tarde, todo olvidado. Cenaremos juntos, y bailaremos, como la otra vez, en la misma sala del hotel. ¿De acuerdo?

Eida no contestó. Kev esperó muy poco para decir:

—De acuerdo... Ahora voy al trabajo. Hay mucho que escribir.

* * *

Antes de que rompiera el día, Barry Wesler ya lo había confesado todo. Era tal como Kev había supuesto: Se prestó a pasar las piedras preciosas, con tal de que Nig Roden financiara «su película», no precisamente la de la selva, sino la que proyectaba para más adelante.

—Esos valores, ¿por quién le fueron entregados? —preguntó el inspector.

—Por un blanco, por un enlace de Nig con el cabecilla laosiano que trafica con armas y divisas...

—¿Cómo se llama ese enlace?

Wesler se encogió de hombros.

—¡Recuerde! —apremió el inspector.

—Jessep... Pero ya no puede importarles. Fue muerto por uno de mi equipo, por Streit. Ya estaba todo dispuesto en la caja, cuando aparecieron Streit y dos actores, muy asustados, y se pusieron a disparar contra Jessep y contra los laosianos. El cabecilla mandó cortarles las cabezas para enviarlas a los que quedaban atrás.

—¿Lo hicieron delante de usted?

Wesler asintió.

—Querían probarme...

—¡Y usted resistió! —prorrumpió Kev, sin poder contenerse.

Wesler hizo como que miraba muy lejos.

—¡A mí sólo me importa mi arte!

Tras un silencio, dijo Kev:

—No le valdrá fingirse loco.

Se marchó. El inspector siguió interrogándolo.

—Esas piedras valen una fortuna... ¿Le dijo Nig que serían

piedras y no opio lo que transportaría?

—¡Claro que me lo dijo! Era lo que menos esperaban ustedes encontrar —contestó burlonamente.

Pero la última estratagema, el disponer que dos cajas sin valor quedaran en la habitación de Wesler, no surtió efecto, y el inspector se lo recordó.

Esto puso frenético a Wesler.

—¡Nig ha tenido la culpa, por su impaciencia! ¡El debió esperar a que yo saliera de aquí!

—Nada hubieran conseguido. Llevaban ustedes un sabueso demasiado listo —replicó el inspector.

Y explicó cómo Kev había conseguido despistar a la misma policía, haciéndoles creer que iba a Los Ángeles.

Esto puso amarillo a Wesler.

—¡En este hotel debí hacerle matar, cuando estuvimos la primera vez!

Al romper el día, emprendían el vuelo hacia Los Ángeles. En otro aparato marcharon Norken, Emma y Geiser.

La nube de periodistas que se disponía a salir de los Estados Unidos, se volcó en Los Ángeles. Honolulu quedó despejado de curiosos. Todos suponían que Eida y Kev habían salido con los demás.

A esta creencia contribuyó el que la muchacha, sintiéndose muy cansada, permaneciera todo el día en su habitación y Kev en la suya, escribiendo.

Pero a la hora de la cena, en el elegante comedor del hotel, abierto al mar, aparecieron los dos.

—Pensaba cenar sola —dijo ella, al sentir en su brazo desnudo una mano de Kev.

Eida usaba el vestido de otra noche semejante, en aquel mismo hotel: con los hombros desnudos, y los contornos del busto y el resto de la figura, sabiamente perfilados.

El vestía de etiqueta. En ambos rostros se notaba el sol, y la dureza de las marchas en la selva.

—Debes acostumbrarte a la idea de que nunca estarás sola. Ni siquiera en tus sueños, podrás separarte de mí —contestó Kev.

Eida se mordió el labio inferior, para contener una sonrisa. Pero le brilló en los ojos.

—¿A qué se refiere esa sonrisa? —preguntó Kev, llevando a la muchacha hacia la balaustrada, aplazando el momento de la cena.

—Has dicho que ni siquiera en mis sueños, conseguiré librarme de ti...

—¿Lo dudas?

—¡Es en mis sueños donde mandas desde el primer día! —lo dijo casi con rabia.

—¿Y eso te molesta?

Ya estaban en la balaustrada, en el mismo sitio que la otra vez. Las luces iban formando desparramado joyerío.

—También en mis pensamientos estás tú, Eida —dijo gravemente Kev—. ¡Y he luchado mucho por arrancarte de ellos!

Había mucha sinceridad en su voz.

Durante un instante, permanecieron callados.

—¿Te pesa mi recuerdo? —preguntó Eida.

—Ya no, porque me he resignado a soportarte... durante unos meses, para conocernos, Eida... Yo he de desplazarme a muchos lugares, lejos de nuestro país. A ti te conviene pasar un tiempo lejos de los periodistas, mientras se liquida el asunto de Wesler.

—¿Qué crees que le ocurrirá?

Sabía que era la cámara de gas, pero no se atrevió a decirlo. Habló de una larga condena.

—Si aceptas mi plan, mañana saldremos hacia la India. Te sentirás otra, sabiendo que no hay periodistas ni fotógrafos a tu alrededor.

Ella se irguió, creyendo que hablaba en plan de burla.

—¡No habrá periodistas! ¿Y tú?

—Yo... me guardaré muy bien de hablar al mundo de mi esposa. Es cosa privada... ¿Aceptas?

Eida no contestó. Estuvo quieta, mirándole, mientras él se inclinaba, buscándole los labios...

FIN



A. Rolcest. En el mundo civil se llamaba Arsenio Olcina Esteve. Como muchos, participó en las contiendas de la guerra civil española y le tocó estar en el bando perdedor. Como todos los escritores de esta segunda España, fue represaliado. Dado que los ámbitos superiores de la literatura le estaban vedados, debió dedicarse a escribir folletines y novelitas del Oeste. Para ello con las primeras dos letras de su nombre y apellidos formó su seudónimo literario *post* guerra civil. Se llamó A. Rolcest.

Nació en Alcoy, provincia de Alicante el 15 de octubre de 1909.

A principios de los años veinte volaban muchas ideas revolucionarias en el aire español y particularmente en el hogar de los Olcina. De éstas se nutrió la vida del joven Arsenio y forjó su visión del mundo y de los hombres. Soñaba con el hombre libre, dueño de su voluntad y su destino. Son sus primeros puntos de contacto con el movimiento anarquista.

Tenía intenciones literarias, heredadas de su padre y se volcó hacia la poesía; pero la dura realidad le dijo que ése no era el camino, que para ganarse la vida debía utilizar su pluma en algo más productivo. Entonces, la puso a oficiar de corresponsal de prensa para diversos periódicos de Alicante y Menorca [El Luchador, Diario

de Alicante, El Bien Público].

Fue en éstos donde publicó sus primeros cuentos.

Esta incipiente actividad en el mundo de las letras le acarrearón numerosos problemas con las autoridades, dirigiéndose a Valencia donde vivió algunos años. Allí fue donde en 1932 nació su hija Amalia. Otra integrante de su familia, Amalia Lucila Mataix Olcina (su sobrina) en los años cincuenta y setenta escribió novelas románticas como Lucila Mataix y/o Celia Bravo, fue también autora de literatura de quiosco, dentro del género romántico, y desarrolló una importante labor pedagógica para el mundo infantil.

A. Rolcest fue uno de los escritores más prolíficos dentro del ámbito de la literatura popular, pero a pesar de su volumen y calidad nunca ha descollado con la importancia que merece y con el transcurrir del tiempo se transformó en uno de los autores más injustamente olvidado. Tal vez porque no fue descubierto su trasfondo ideológico, ni entendida la simbología utilizada. No debemos olvidar que recién en la década del 60 se comienza a hablar de semiótica por personas de elevado nivel cultural y las obras de la literatura de quiosco no se consideraban dignas de ser analizadas por esta disciplina. Tampoco el público de masas que leía estas obras estaba muy preparado para analizarlas. Preferían los muchos tiros de Estefanía.